

BIBLIOTECA NACIONAL



0375682



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....

1-7 p.

Sala en que se encuentra.....

9

Tabla en que se halla.....

150

Orden que en ella tiene.....

9

11 (1084-15)

no. adm. 278563

INDICE

- 1.- La cortesana/Pedro P. Figueroa. 311785 470073
- 2.- Sin amor i por dinero/Juan Francisco Ureta R. M. 600
- 3.- Azaharas/Ricardo Davila Boza. 328029
- 4.- Felipe Derblay/Jorje Ohnet. AAP 8726 - P 278563
- 5.- La lizardière/Henry de Bornier. 334 331
- 6.- Juan Teterol/Victor Cherbuliez. 329 309
- 7.- El misterio de la calle del Echiquier/F. du Boisgobey. ----- 566669 5/83



Este volumen consta de 7 piezas:

- 1° Piqueroa (P. P.) La Cortesana —
- 2° Urzua Baza (Adolfo) Albert el poeta (drama)
- 3° Abeta Rodriguez (P. F.) Un amor y por dineros (comedia)
- 4° Daniela Riza (Ricardo) Eszabores —
- 5° Ohnet (Pope) Felipe Derblay (drama)
- 6° Bonnier (Henri) La Sijandiere —
- 7° Boisobey (F. du) - El miteiro a la colla
del Echiquier —

Fin

Victor Chertubey - Juan Sclerol =



- 4 - 278563

FELIPE DERBLAY

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ESCRITO EN FRANCES CON EL TITULO DE

LE MAITRE DES FORGES

POR JORJE OHNET.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

POR

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

No 5



SANTIAGO:

IMPRENTA DE LA REPÚBLICA

82. — MONEDA — 82.

1885.

PERSONAJES.

FELIPE DERBLAY.

MOULINET.

BACHELIN.

EL DUQUE DE BLIGNY.

EL BARON DE PRÉFONT.

OCTAVIO.

EL JENERAL.

GOBERT.

EL DOCTOR SERVAN.

EL PREFECTO.

PONTAC.

JUAN.

UN OBRERO.

UN CRIADO.

CLARA DE BEAULIEU.

ATENAIS.

LA MARQUESA DE BEAULIEU.

LA BARONESA DE PRÉFONT.

SUSANA.

BRÍJIDA..

Todas las indicaciones de izquierda a derecha son tomadas del lado del espectador.

ACTO PRIMERO.

Un salon en el castillo de Beaulieu. Al fondo una puerta ventana que da sobre una terraza i por la cual se divisan las montañas del Sura destacándose sobre un cielo mui claro. Muebles al estilo de Luis XV. Puerta a derecha e izquierda. Mesa al centro con sillas. En primer término a la izquierda un sillón abrigado por un biombo de tres hojas; delante del sillón un costurero. A la derecha un canapé i luego un piano con taburete; entre el piano i la puerta una silla. A cada lado del fondo una columna con florero; sobre el piano partituras i un macetero con una planta. En la mesa un timbre, una jardinera con flores i un álbum de fotografías. A la derecha de la puerta del fondo un sillón.

ESCENA I

La MARQUESA, la BARONESA, CLARA.

Al levantarse el telón Clara está recostada en un gran sillón delante de la puerta ventana, que está abierta; tiene un libro abierto sobre las rodillas. La marquesa está sentada en el sillón en primer término a la izquierda; la baronesa en la silla a la izquierda de la mesa; ambas bordean.

La MARQUESA, *mirando a su hija*.—Clara... Clara...

CLARA, *volviendo lentamente*.—¿Mamá?

La MARQUESA.—¿Qué haces así, tan triste i absorta?

CLARA.—Nada, mamá.

La MARQUESA.—Vamos, hija mia, no estés tan retirada; ven cerca de nosotros, hablemos... yo te lo ruego.

CLARA, *levantándose despues de un momento.*—Este aire tibio me habia adormecido. (*Baja hasta la mesa, deja su libro i va hasta la derecha del biombo.*) ¿Cuánto tiempo hace que no recibimos cartas de San Petersburgo?

La BARONESA.—Hace como dos meses.

CLARA.—Dos meses! sí! (*Sube, pasa detrás de la mesa i luego baja al centro en primer término.*)

La MARQUESA.—¿A qué pensar tanto en eso i torturarte el espíritu?

CLARA.—¿En qué quieres que piense sino en mi prometido? ¿I cómo no he de torturarme el espíritu, como tú dices, para descubrir la causa de su silencio?

La MARQUESA.—Confieso que es difícil de explicarlo. El duque de Bligny, mi sobrino, despues de haber pasado ocho dias con nosotras el año pasado, partió prometiéndonos volver a Paris en el invierno. Al principio escribió que ciertas complicaciones políticas le retenian en su puesto; luego pretestó que, habiendo pasado el invierno, esperaba el verano para volver a Francia. Llegó el verano, i el duque no llegó. Estamos ya en otoño i Gaston no da ni siquiera pretestos, ni aun se toma el trabajo de escribirnos. Todo dejenera, hijas mias; los hombres de nuestra sociedad no saben ni ser políticos.

CLARA.—Sin embargo... ¿si estuviera enfermo? ¿si estuviera en la imposibilidad de escribirnos?

La MARQUESA.—Nos lo hubieran avisado de la embajada.

La BARONESA.—Tu mamá tiene razon.

CLARA.—Me habia prometido tanto venir a pasar el invierno en Paris i yo tenia tantos deseos de verle! Yo habria triunfado con sus triunfos, i él talvez hubiera notado los mios. Es preciso confesar, mamá, que él no es celoso. Sin embargo, en todas partes a donde vamos yo me veo siempre tan festejada... Aquí mismo, en este desierto de Beaulieu, las adoraciones no han cesado; i hasta nuestro vecino, el dueño de la ferreria...

La MARQUESA.—¿El señor Derblay?

La BARONESA.—Oh! si es lo mas conocido, tia. Desde su primera visita al castillo hace quince dias... cuando vino a dar sus excusas por la usurpacion que habia hecho en las tierras de Ud... al hallarse delante de Clara, parece un beato en adoracion perpétua.

La MARQUESA.—Le encuentro mui divertido con su adoracion. Pero, seguramente mi vista se va debilitando, porque no he notado ese pequeño manejo... Yo velaré.

CLARA, *gravemente*.—Mamá, los homenajes del señor Derblay son mui respetuosos, i yo no tengo por qué quejarme de ellos. Pero, en fin, el duque no está aquí para defender su bien, i debería pensar que este rol de Penélope, esperando la vuelta del que nunca llega, podria concluir por cansarme.

La BARONESA.—Pues si yo estuviera en tu lugar, hace mucho tiempo que hubiera dejado ese rol.

CLARA, *dulcemente*.—¡Oh! no tengo el menor mérito en hacer lo que hago. Nunca podré amar a otro hombre que el duque.

La MARQUESA, *con irritacion*.—Tú te lo figuras, i eso es lo que me atormenta. Gaston i tú habeis crecido juntos; tú has creido que esa comunidad de existencia debia ser perpétua i que no podrias ser feliz de otra manera. ¡Ocuras!

CLARA.—Mamá...

La MARQUESA.—Te haces grandes ilusiones sobre el duque; él es lijero i frívolo; tú sabes que tiene hábitos de independencia mui difíciles de corregir. ¡... oye ¿quieres saber el fondo de mi pensamiento? Yo no veria tu matrimonio con él sin inquietud.

CLARA, *con emocion*.—Mamá, esta es la primera vez que Ud. me habla así. Parece que Ud. quisiera prepararme para darme una mala noticia. La ausencia del duque ¿tiene algun motivo? Ha sabido Ud. algo?

La MARQUESA, *inquieta por la agitacion de Clara*.—Nada, hija mia; solo que me asombro de un silencio tan prolongado... que ya va siendo mas que diplomático.

CLARA, *con súplica, se echa a los piés de la Marquesa*.—¡Cómo, mamá! otro poco de paciencia. Talvez el duque va a darnos la sorpresa de llegar desde San Petersburgo sin ser esperado.

La MARQUESA.—Lo deseo, hija mia, porque tú tambien lo deseas.

La BARONESA.—En todo caso, mi marido, que viene hoi de Paris, podrá saber algo.

CLARA, *que ha ido hasta la puerta del fondo*.—Aquí viene mi hermano con el señor Bachelin.

ESCENA II

Los mismos, OCTAVIO, en traje de caza, BACHELIN.

OCTAVIO.—Entre Ud., señor Bachelin.

BACHELIN.—Señoras... señora marquesa... todo mi respeto.

La MARQUESA....Buenos dias, querido Bachelin. (*A Octavio*)
¿Tú partiste mui de madrugada?... No te sentí... ¿I has
hecho buena caza?

OCTAVIO.—Sí, madre mia, gracias al señor Derblay que me
llevó a sus terrenos reservados.

La MARQUESA.— Decididamente, te gusta mucho el dueño de
la ferreria.

OCTAVIO.—Seria imposible encontrar mejor compañero. Me ha
dicho que hoi vendrá en el dia con su hermana que ha
salido del colejio i que desea presentar a Udes.

La MARQUESA.—Mi querido Bachelin, hace una eternidad que
no veiamos a Ud.

BACHELIN.— He estado mui ocupado, señora marquesa, por
un gran negocio: la venta del fundo de La Varenne.

OCTAVIO.—Ah! los de Estrelles encontraron por fin un com-
prador?

BACHELIN.—I que ha pagado un precio fabuloso; pero se em-
peñaba particularmente por esas tierras. Es un gran fa-
bricante de Paris, me ha dicho que tenia el honor de
conocer a la familia de la señora marquesa. I este es sin
duda el motivo que lo ha hecho buscar la vecindad de
Beaulieu.

La MARQUESA.—I se puede saber el nombre de ese caballero?

BACHELIN.—Se llama el señor Moulinet.

La BARONESA, *levantándose*.—Moulinet!

CLARA, *pasa tras de la baronesa i se sienta en el canapé*.—El
padre de Atenais.

La BARONESA, *vivamente*.—Sí, realmente, nos conoce... Su
hija ha sido nuestra condiscípula en el colejio... nuestra
enemiga, nuestra rival... Entre ella i nosotras hai todo
un pasado de querellas i de batallas... Las colejialas se
habian dividido en dos campos: el de las burguesas i el de
las nobles. A la cabeza de uno la señorita Moulinet, i a
la cabeza del otro la señorita de Beaulieu... I habia en-
cono... i se rasguñaba...

BACHELIN.—El mundo en pequeño.

La BARONESA.—Por lo demas, Atenais es bonita... mui inteligente... i vengativa... A ménos que el tiempo la haya correjido: el dia en que la veais saltar al cuello de una de nosotras podeis estar seguros de que es para morderla o para estrangularla.

BACHELIN.—El señor Moulinet es mui rico!

La BARONESA.—Ridículamente rico... El es el que ha fundado en Villepula esa inmensa fábrica de chocolate... Parece que ha encontrado un procedimiento para hacer vainilla del carbon de piedra i cacao de almendras tostadas. Esa química alimenticia le ha producido millones. I ahora ahí le tenemos de vecino... Va a jugar al gran señor castellano... Pobre hombre! va a parecer su propio jardinero.

La MARQUESA.—Cada cuál parece lo que puede... Pero dejemos al señor Moulinet... Usted, mi querido Bachelin, ha venido sin duda a hablarme de nuestro pleito de Inglaterra?

BACHELIN, *despues de haber dado una ojeada del lado de Octavio i tambien del de la baronesa i Clara.*—Sí, señora marquesa.

La BARONESA.—Nosotras nos retiramos, tia.

(Se levantan i se van por la puerta del fondo.)

La MARQUESA.—Octavio, ten la bondad de ver si han ido a la Estacion del ferrocarril a buscar al baron.

OCTAVIO.—Voi, madre mia.

(Se va por la izquierda.)

ESCENA III.

LA MARQUESA, BACHELIN.

La MARQUESA.—I bien, querido Bachelin?

BACHELIN.—Malas noticias, señora marquesa; i esto para mí, antiguo servidor de su familia, es un motivo de viva afliccion. El éxito del pleito entablado por el esposo de Ud., el difunto marques de Beaulieu, está gravemente comprometido.

La MARQUESA, *despues de una pausa.*—Ud. no me dice toda la verdad, Bachelin. Si aún restara una pequeña esperanza, Ud. no estaria tan abatido. Los tribunales han dado su fallo? El pleito se ha perdido?

BACHELIN.—¡Ah! sí, señora marquesa. La causa estuvo mal establecida, i la pérdida de este pleito es un golpe terrible para la casa de Beaulieu.

La MARQUESA.—Terrible, en efecto, i que trae la ruina de mi hijo i de mi hija.

BACHELIN, *despues de un silencio*.—Oh! herida de dinero no es mortal... ¡... (Se contiene) Si no hubiera mas que eso...

La MARQUESA.—¿Qué mas hai, pues? (*Mira a Bachelin i luego con gran ansiedad.*) Ud. tiene noticias del duque de Bligny?

BACHELIN.—Sí, señora marquesa. Me encargó Ud. informarme de todos los hechos de su sobrino, i hé aquí los informes que se me han trasmitido: el señor duque de Bligny está en Paris desde hace seis semanas.

La MARQUESA.—Hace seis semanas! I nosotras lo ignorábamos!

BACHELIN.—Bien se habria guardado su señor sobrino de hacérselo saber.

La MARQUESA.—I no ha venido! i todavía no viene, sabiendo el fracaso que hemos tenido! Porque él sabe ¿no es verdad?

BACHELIN.—Sí, señora marquesa; ha sido de los primeros en saberlo...

La MARQUESA.—Ah! tenia Ud. razon, Bachelin; este es golpe mui cruel. El duque nos abandona! Lo que él queria de nosotras era una fortuna! La fortuna desaparece, el novio se va. ¡El dinero! hé ahí la palabra de orden de esta época venal i codiciosa! La virtud, la belleza, la intelijencia nada valen. Ya no se dice: plaza al mas digno! Se grita: plaza al mas rico!... Así, nosotras estamos ahora pobres... ya nadie nos conoce!

BACHELIN.—Señora marquesa, yo creo que Ud. calumnia un poco a nuestra época. Cierto que las ideas positivas dominan. Pero hai todavía hombres desinteresados para quienes la belleza, la virtud, la intelijencia, son bienes que hacen a una mujer envidiable entre todas. No digo yo que conozca muchos de esos hombres; pero conozco al ménos uno, i en la especie uno solo basta.

La MARQUESA.—¿Qué quiere Ud. decir?

BACHELIN.—Sencillamente esto: que un hombre honrado, uno de mis amigos, no ha podido ver a la señorita de Beaulieu sin enamorarse de ella perdidamente. Sabiendo que estaba comprometida con el duque, jamás se habria atrevido a

dar a conocer sus sentimientos; pero que sepa que ella está libre, i entónces hablará... si Ud. se digna autorizarle.

La MARQUESA, *con frialdad*.—Se trata del señor Felipe Derblay ¿no es verdad?

BACHELIN.—Sí, señora marquesa, de él mismo.

La MARQUESA.—No ignoro los sentimientos que mi hija ha inspirado al señor propietario de la ferrería. El mismo no los oculta mucho.

BACHELIN.—Ah! es que ama a la señorita Clara, i él la ama de veras! Pero Ud. no conoce completamente al señor Derblay, señora marquesa, para poder juzgar lo que vale.

La MARQUESA.—Sé que es mui querido en todo el pueblo.

BACHELIN.—I con mucha razon. Yo he visto nacer a Felipe i a su hermana, la señorita Susana. Su padre se dignaba llamarme su amigo. I esto, señora marquesa, esplicará a Ud. la audacia con que acabo de hacerle conocer los sentimientos del señor Derblay. A mis ojos, mi cliente no tiene mas que un defecto; su nombre, que se escribe en una sola palabra sin una preposicion. Pero buscando bien ¿quién sabe? La familia es mui antigua... Bajo la revolucion las jentes honradas se estrechaban unas contra otras; las letras han podido hacer otro tanto.

La MARQUESA.—Que guarde su nombre tal como es. Lo lleva como hombre de honor, i en los tiempos en que vivimos, eso basta.

BACHELIN.—El señor Derblay se sentiria mui feliz si oyese a Ud. esas palabras.

La MARQUESA.—No le repita Ud. nada de lo que acabo de decirle. La señorita de Beaulieu no recibe jenerosidades de nadie. I con el carácter que yo le conozco, es probable que se muera soltera. Plegue a Dios, amigo mio, que el doble golpe que la va a herir la encuentre fuerte i resignada.

BACHELIN.—Señora marquesa, si me fuese permitido dar un consejo, indicaria a Ud. que no dijera nada todavia a la señorita de Beaulieu. Para ella siempre será tiempo de sufrir.

La MARQUESA.—Tiene Ud. razon. En cuanto a mi hijo, yo debo hacerle saber su desgracia. (*Llama i entra un criado*). Avise al señor marques que deseo hablarle.

(*El criado se va.*)

BACHELIN. — Suceda lo que suceda, señora marquesa, recuerde Ud. que el señor Derblay sería el mas feliz de los hombres con solo que se le permitiera esperar; él esperará, porque no es de aquellos cuyo corazon cambia.

ESCENA IV

Dichos, OCTAVIO.

OCTAVIO. — ¿I bien?

La MARQUESA. — Hijo mio, quiero darte a saber noticias graves i que me causan una viva afliccion.

OCTAVIO. — ¿Se trata del pleito?

La MARQUESA. — Sí.

OCTAVIO, *con calma*. — ¿Se ha perdido?

La MARQUESA. — ¿Ya lo sabias?

OCTAVIO. — Lo sospechaba. Madre mia, yo he respetado sus ilusiones, pero estaba perfectamente convencido de que ese pleito era insostenible. Así, hace mucho tiempo que estaba preparado para su pérdida, la cual no temia por mí sino por mi hermana cuya doté iba en el juego. Pero hai un medio mui sencillo de arreglar las cosas; Ud. le dará la parte que me reserva en su fortuna. En cuanto a mí, no tenga Ud. cuidado, ya sabré arreglarme solo.

La MARQUESA. — ¡Querido hijo!

OCTAVIO. — Es la cosa mas sencilla.

La MARQUESA. — Ven para abrazarte.

OCTAVIO. — Quiero mucho a mi hermana i haré cuanto pueda para que sea feliz. I ya que tratamos de cosas tristes... acérquese Ud., Bachelin; ¿no cree Ud. que el silencio de nuestro primo de Bligny se relacione con la pérdida del pleito?

La MARQUESA, *con inquietud*. — Tú te engañas, hijo mio; el duque...

OCTAVIO, *sonriendo*. — Oh! no tema Ud. nada, madre. Si Gaston vacilase en cumplir su compromiso, ahora que su prometida está pobre, entiendo que nosotros no somos jentes para obligarle por la fuerza. I en tal caso pienso que si el duque de Bligny no se casa con mi hermana, será tanto peor para él i tanto mejor para ella.

La MARQUESA. — Bien!

BACHELIN.—Muy bien, señor marques. Si la señorita de Beau-lieu no es bastante rica para tentar a un cazador de arte, es bastante perfecta para cautivar a un hombre de corazon.

La MARQUESA.—Silencio!... ella viene.

ESCENA V.

Dichos, CLARA, despues la BARONESA i el BARON.

CLARA.—Mamá, el baron acaba de llegar.

El BARON.—Mi querida tia... (*Inclinándose ante ella.*) Buenos dias, Octavio.

La MARQUESA.—¿Has tenido buen viaje, sobrino?

El BARON.—Excelente... un poco de calor... pero excelente.

La BARONESA.—¿Has hecho todos mis encargos?

El BARON.—Todos, querida amiga.

La BARONESA.—Los sombreros?...

El BARON.—En la caja negra.

La BARONESA.—Las cuatro maletas?

El BARON.—El carruaje crujia con el peso. (*A Octavio.*) Trescientos kilogramos de exceso! Creo que mi mujer transporta artilleria clandestinamente.

La BARONESA.—I el regalo de alhajas?

El BARON.—No lo he dejado un momento... Respondia de él con mi cabeza.

La BARONESA, tomando el saco que el Baron tenia en la mano.—Está bien... Estoy contenta... Bese Ud. mi mano.

El BARON.—Con todo gusto.

La BARONESA, bajo.—Traes informes?

El BARON, bajo.—Me traen atorado... Aleja a Clara i Octavio.

La BARONESA.—Clara, ¿quieres acompañarme a abrir las cajas?

CLARA.—Con mucho gusto.

La BARONESA, a Octavio dándole el saquito.—Vamos, usted lleva esto, i con mucho respeto... Son los diamantes de la corona. (*A la Marquesa.*) Mi marido trae novedades.

(Octavio, la Baronesa i Clara se van.)

ESCENA VI.

La MARQUESA, BACHELIN, *el* BARON.

BACHELIN, *como queriendo irse*.—Señora marquesa, voi...

La MARQUESA.—Quédese usted, Bachelin... Usted es de la familia. (*Se sienta.*) I bien, sobrino, habla, no me ocultes nada; yo sé que el duque de Bligny está en Paris desde hace seis semanas.

El BARON, *con amargura*.—Ah! realmente, marquesa, usted sabe eso? I sabe usted tambien que el duque de Bligny está para casarse?

La MARQUESA, *con estupor*.—Para casarse?

El BARON.—Sí, mi querida tia. Perdóneme usted la brusquedad de mi franqueza; pero en semejante materia yo pienso que es preciso ir derecho al fin.

La MARQUESA.—Para casarse!

El BARON.—El duque ha hecho toda clase de esfuerzos para que la noticia no se divulgue. Pero el futuro suegro que segun parece es un burgues de lo mas vulgar, es menos discreto. El buen hombre está que revienta. Su hija! piensen ustedes, su hija duquesa! Parece que el duque, recién llegado de San Petersburgo, se comprometió en una fuerte partida de *bacará* que se jugaba en el club hacia muchos dias. Mui de mala suerte, a poco vió agotados sus recursos, que no eran grandes. Recurrió a la caja del club, i continuó jugando de tal modo que al fin de una semana sus diferencias subieron a doscientos cincuenta mil francos. Una guinda negra. Habia perdido completamente la cabeza, tallaba como un sordo i apuntaba como un ciego. En dos noches se desquitó de todo, i despues volvió a perder cien mil francos, hasta que por último, quedó con un forro de doscientos mil.

BACHELIN.—Caro el jénero.

El BARON.—Mui caro. Tanto mas cuanto que Gaston no tenia un centavo para pagarla. La situacion era crítica. El duque habria podido dirigirse a su familia; no pensó en ello, o mas bien no lo quiso. Entónces fué cuando intervino la Providencia bajo la figura del futuro papá-suegro, a quien Gaston, segun dicen, no habia visto ántes mas que una sola vez. Aquel entró resueltamente en materia i habló a Gaston mas o ménos en estos términos: Señor duque, usted debe doscientos mil francos; es preciso que usted se los procure en el dia, i usted no puede procurárselos. Esos doscientos mil francos, yo se los traigo a usted.

Tengo una inmensa fortuna, i no he querido que un hombre como yo, que da diez millones de dote a su única hija, deje por la miseria de cuarenta mil duros, comprometerse el nombre de uno de las mas ilustres familias del pais.

BACHELIN.—Prodijioso!

El BARON, *levantándose*.—Testual, usted sabe. El desgraciado Bligny quedó deslumbrado; le pareció que estaba delante de un hombre de oro macizo. La caja de su inesperado bienhechor estaba abierta; metió en ella un dedo, siguió la mano, i como en un engranaje, pasó el cuerpo entero, con honor i todo. (*La Marquesa queda un instante silenciosa, lleva el pañuelo a los ojos i solloza; el baron i Bachelin se acercan i tratan de calmarla.*)

BACHELIN.—Señora marquesa!

La MARQUESA.—Dejadme... Esto me alivia! Este golpe me hiere tan cruelmente!... Quería tanto a Gaston!... Le he educado tan cuidadosamente!... He sido para él una segunda madre... i hé ahí cómo me recompensa!... Oh! el ingrato!

El BARON.—Mi querida tia!...

La MARQUESA, *calmándose*.—Ya pasó! (*Se levanta i luego con firmeza*) Lo que importa ahora es que tomemos las mayores precauciones respecto de Clara. Udes. la conocen: es orgullosa, arrebatada. Así era su padre; corazón de oro, pero cabeza de fierro. Hace un momento ella hablaba todavía de Gaston... Va a recibir el golpe en medio de su plena seguridad.

El BARON.—¿No cree usted, querida tia, que hablando con Bligny... El habrá sido arrastrado.. Talvez seria posible hacerle volver... I si usted conviniese... yo estoi a su disposición.

La MARQUESA.—Nó! nosotros no somos de los que se humillan e imploran. Nuestra posición, por triste que sea, es neta i digna. No me agradaría cambiarla.

El BARON.—Entónces, suceda lo que fuera. La parte digna está al lado de usted; i si usted tiene motivo para derramar alguna lágrima en silencio, al ménos no tendrá que avergonzarse delante de nadie. (*Le estrecha la mano*) No podré decir otro tanto de Bligny.

(*Entra un criado.*)

El CRIADO.—El señor i la señorita Derblay preguntan si la señora marquesa recibe.

La MARQUESA.—Oh! en este momento... (*Bachelin hace un jesto como de súplica.*) Pues bien, sea! que pasen. (*Al criado que se retira.*)

El BARON.—Mi querida tia, yo no estoi presentable; tengo todavia encima todo el polvo del camino.

La MARQUESA.—Vé, amigo mio, i hazme el favor de avisar a Clara i Octavio.

ESCENA VII

Dichos, FELIPE, SUSANA.

El CRIADO.—El señor i la señorita Derblay.

FELIPE.—Señora marquesa... (*Se detiene turbado.*) Pido a Ud. permiso para presentarle mi hermana Susana.

La MARQUESA.—Mi hijo me habia anunciado la visita de esta señorita. Doi a Ud. las gracias por habérmela traido. (*A Susana.*) Mis cabellos grises no le dan a Ud. miedo? Entónces, mi querida niña, venga Ud. para abrazarla.

SUSANA.—Ah! señora, con todo corazon.

FELIPE.—No sé cómo agradecer, señora marquesa, la benévola acogida que Ud. hace a mi hermana. Es una niña que tiene necesidad de lecciones i de consejos; i en ninguna parte podria encontrarlos mejor que cerca de usted, si usted le hiciera el favor de interesarse algo por ella.

La MARQUESA, a Felipe.—Es encantadora. Venga usted, hija mia. (*Sube con Susana hácia el fondo.*) Hace mucho tiempo que salió usted del colejio? (*Se van por la terraza; Felipe las sigue con los ojos, luego se vuelve i va hácia Bachelin que tiende las manos.*)

BACHELIN.—Vamos, querido amigo! la señorita Clara no está aquí, i ya está usted todo desorientado, eh?

FELIPE.—Me hallo en el estado mas singular... Desde hace quince días, cada vez que vengo aquí el corazon me late al solo pensamiento de hallarme en presencia de Clara, i sin embargo, seria tristísimo si llegase a no verla... Ella me turba, me infunde miedo; en su presencia soi un verdadero niño.

BACHELIN, sonriendo.—Usted la ama.

FELIPE.—Es una gran locura... ¿Cómo yo, hombre de trabajo, alejado del mundo, he podido pensar en esa jóven, tan bella, tan altiva, i talvez por eso mismo tan seductora? Yo la he visto grave, reflexiva, algo inquieta sin duda por

ver a su prometido tan alejado; i a pesar mio, sin fijarme en ello, me he entregado a amarla. He olvidado la distancia que la separaba de mí, no he visto la diferencia de nuestro origen. La voz de la razon, los consejos de la esperiencia, nada he escuchado. I ahora, ya no hai mas, yo no me pertenezco, estoi totalmente esclavizado por esta passion que me hace gozar una alegría profunda, una embriaguez deliciosa, que me da todo, en fin, escepto la esperanza (*Bachelin hace un movimiento.*) Porque ahí se detiene mi locura, i no espero nada, le doi a usted mi palabra.

BACHELIN.—¿I por qué?

FELIPE.—Porque sé que no basta desear para obtener. Porque la señorita de Beulieu no me ha hecho jamás el honor de apercibirse de que yo existo. Porque, en fin, ella es noble, rica, prometida de su primo, i será duquesa.

BACHELIN.—Verdaderamente! Pues bien, si yo le dijese a usted que la señorita Clara de Beaulieu no es ya rica, que probablemente no será duquesa, i que jamás un hombre honrado como usted ha tenido tanta probabilidad de ser aceptado por ella?

FELIPE, *conmovido*.—Ah! tenga usted cuidado! No pronuncie tales palabras tan lijeramente.

BACHELIN.—No es mi costumbre. En este momento, yo traiciono deliberadamente el secreto profesional; pero lo hago en interes de todos. La señorita Clara de Beaulieu está arruinada, i ella lo ignora; el duque de Bligny la abandona, i ella ni aun lo sospecha.

FELIPE.—Arruinada i abandonada. ¿I qué necesidad tiene ella de una fortuna? El único bien que de ella se puede desear, ¿no es ella misma?

BACHELIN.—Sí, ciertamente, i bajo ese aspecto de desinteres es como yo he hablado de usted.

FELIPE.—Oh! dígaselo usted a la señora de Beaulieu! Dígalo a la señorita Clara!... Pero nó! no diga usted nada...! Ella es orgullosa i altiva. La idea de que podria deber alguna obligacion al hombre que será su esposo, la alejaria de mí i me rechazaria. Prevenga usted a la marquesa, hágala aprobar mis escrúpulos, i sobre todo comprométame para con ella. Oh! yo recibiria de rodillas la mano de Clara! Pero quiero que ella se crea todavía rica para que pueda aceptarme o despedirme libremente. I aunque al casarme con ella debiera asegurarle en dote cuanto poseo, siempre sería ella la que me hubiese hecho un favor.

(*La marquesa i Susana aparecen por la terraza.*)

BACHELIN.—Ta, ta, ta! cómo vuela usted! Qué hermosas son la juventud i la pasión! Marchemos con paso mas razonable i esperémoslo todo de los acontecimientos. Ahí está el secreto de los mas astutos políticos. (*La Marquesa i Susana entran por el fondo i avanzan hasta el medio. Susana a la izquierda.*)

ESCENA VIII

Dichos, la MARQUESA, SUSANA; la BARONESA, CLARA, OCTAVIO, el BARON, por la derecha.

La MARQUESA, *presentando*.—Querida Susana... mi hijo el marques de Beaulieu... mi hija Clara.

CLARA, *dándole la mano*.—Sea usted mui bienvenida, señorita.

SUSANA.—Antes de ver a usted, mi hermano me habia enseñado a admirarla; ahora que la conozco, siento que me será mui fácil amarla.

CLARA.—Pues yo ya la quiero a Ud.

OCTAVIO.—Querido Derblay, aquí tenemos alguien que podrá hacer a usted frente en la cuestion industrial: (*Presentando al Baron que se acerca.*) mi primo, el baron de Préfont, un sabio.

El BARON.—Diga usted un hombre de estudio, mi querido Octavio.

FELIPE.—No es esta la primera vez que oigo pronunciar el nombre del señor de Préfont.

OCTAVIO.—Ah, baron! ya lo veis; tu nombre ha penetrado hasta nuestras montañas. Esa es la celebridad, amigo mio.

El BARON.—Para haberme descubierto, es preciso que el señor sea un verdadero rebuscador.

FELIPE.—Perdone usted... He leído su memoria dirigida a la Academia de ciencias.

El BARON.—Ah! de veras? (*Acercándose.*) Me dicen que el establecimiento de usted es mui importante... ¿Ocupa usted muchos obreros?

FELIPE.—Dos mil.

El BARON.—Es admirable! ¿I cuántos hornos tiene la fundicion?

FELIPE.—Diez, que jamás apagan sus fuegos.

El BARON.—¿I tiene usted un laboratorio? Usted es químico? Bravo! Es usted un hombre encantador. (*Le estrecha la*

mano.) Pues vamos a hacer algunos experimentos. Ha sido para mí una fortuna este buen encuentro. (*Toma a Felipe del brazo i lo lleva a la terraza. Bachelin los sigue. Los tres permanecen a la vista del público.*)

La BARONESA.—Vamos! qué tiene mi marido?

OCTAVIO.—Tiene, querida prima, que ha partido en corcel favorito, llevándose a la grupa al señor Derblay.

La BARONESA.—Pues irán mui léjos... i si no detienen al baron....

OCTAVIO.—¿I para qué detenerle? Yo encuentro magnífica esa fraternizacion del baron i Felipe. El uno descendiente de los antiguos héroes, encarna diez siglos de grandeza guerrera; el otro, hijo de industrial, representa un siglo único, el siglo que ha producido el vapor, el gas i la electricidad. Van el uno hácia el otro, aprecian su valer, i en un instante nos muestran el acuerdo de lo que hace a un pais grande entre todos: la gloria en el pasado i el progreso en el presente.

La BARONESA, *alegremente*.—Querido Octavio, se conoce que eres abogado, hablas mui bien. Pero, para ser hijo de tu padre, te encuentro un poco demócrata.

OCTAVIO.—Oh, prima! la democracia nos invade. Tratemos de crear una aristocracia en la democracia misma. Fundemos si es posible, la aristocracia del talento, la única digna de suceder a la aristocracia del nacimiento.

La BARONESA.—El destino te ha dado una, i tú pretendes conquistar la otra... No eres mas que un presuntuosillo. Trata de conservar lo que tienes, pobre muchacho, i no abras con tu propia mano la puerta a los reformadores.

El BARON, *desde la terraza*.—Un carruaje acaba de parar a la puerta.

La MARQUESA.—Probablemente son nuestros vecinos, los Lovarden. Es su dia. (*Un criado entra por la izquierda, trayendo en una bandeja una tarjeta que presenta a la Marquesa i se retira un poco al fondo.—Leyendo.*) El señor Moulinet i su hija.

La BARONESA.—Hé ahí algo fuerte.

La MARQUESA.—¿Qué quieren aquí esas jentes?

BACHELIN.—Señora marquesa, es probable que el señor Moulinet i su hija, estando recientemente establecidos en el pueblo, hayan querido hacer algunas visitas de vecindad.

La BARONESA.—Yo supongo, tia, que usted no se prestará a las familiaridades de esos señores Moulinet ...

El BARON, *con suavidad*.—Yo pienso, querida amiga, que tu tia no necesita que tú le des consejos.

La MARQUESA.—Hé aquí una situacion embarazosa.

CLARA.—Pero, mamá, yo creo difícil cerrarles nuestra puerta. Desde el carruaje han podido vernos en el terrado. Contestarles sencillamente que Ud no recibe, sería responder con una impolítica a su proceder; pero al cabo es una cortesía. ¿I es eso digno de nosotros? Es preciso recibirles, i una vez soportada la visita no ir mas allá.

La MARQUESA.—Sí, hija mia, tienes razon; eso es lo que debemos hacer. (*Al criado.*) Que pasen.

La BARONESA, *a Octavio, que se acerca*.—Octavio... vaya! Ahí la tienes, la aristocracia de la intelijencia! El señor Moulinet es uno de sus mas hermosos representantes!

ESCENA IX.

Dichos, MOULINET, ATENAIS.

El CRIADO.—El señor i la señorita Moulinet.

(*Se va.*)

ATENAIS, *estrechando la mano de Clara*.—Ah, querida mia, cuánto me alegro de verte!

CLARA, *llevándola hasta la marquesa*.—Mamá...

ATENAIS, *a la marquesa*.—Señora marquesa, es para mí la mayor alegría hallarme tan cerca de Clara. Desde que la conozco, i hace ya mucho tiempo, mi regla de conducta ha sido imitarla en todo. I creo mui difícil encontrar un modelo mejor.

(*El Baron, Octavio, Felipe i Susana se dirijen al terrado i desaparecen.*)

CLARA, *tranquilamente*.—Solamente imitarme? Eres demasiado modesta.

La BARONESA, *aparte*.—(I es la primera vez que eso le sucede.)

ATENAIS, *yendo hácia la baronesa*.—I tambien mi querida Sofia? Qué buena inspiracion he tenido al venir.

MOULINET, *acercándose*.—La señorita Clara i la señorita baronesa han sido condiscípulas de mi hija en el Sagrado Corazon. Yo me he aplaudido siempre, i ahora mas que nunca, el haber puesto a Atenais en ese colejio que es, sin disputa, el mejor de Paris... Las niñas reciben allí una educacion de primer orden i se hacen de relaciones ventajosas.

La MARQUESA, *con una sonrisa*.—Ya lo estoy viendo.

MOULINET.—En cuanto a mí, señora marquesa, estoy conmovido por el favor que usted me hace permitiéndome presentarle mis respetos... Se los debía por muchos títulos: primero como nuevo vecino de este lugar, donde he comprado una propiedad... un fundo muy importante: La Varenne que pertenecía a los de Estrelles. Yo no tenía grande empeño en ello, pero mi hija, que es muy entendida, me hizo comprender que para una gran fortuna como la mía, era necesaria una propiedad...

ATENAIS, *molesta*.—Papá...

MOULINET, *bajo*.—Deja... (*alto*) I luego, quiero decirlo a usted, señora marquesa, en cuanto a opiniones, yo soy liberal; pero en cuanto a relaciones, no comprendo más que la aristocracia!

La MARQUESA.—Crea usted, señor, que comprendo los sentimientos que acaba de espresarme con esa sencillez tan perfecta...

MOULINET, *bajo a su hija*.—Ya ves!

La MARQUESA.—Son dignos de un hombre llegado a la posición que usted ha sabido conquistarse con su inteligencia.

MOULINET.—Así es como yo soy. I si mi carácter le agrada a usted, señora marquesa, creo que podremos alegrarnos de ser vecinos.

La BARONESA, *aparte*.— Pero este hombre es un monstruo.

MOULINET.—¿Usted conoce sin duda La Varenne? Usted sabe que el castillo es histórico? Yo he tomado para mí el cuarto en que durmió el emperador Carlos V, según dicen. Sí, señora marquesa, yo duermo en un lecho imperial! I no por eso soy más orgulloso.

ATENAIS, *sin poder contenerse*.—Papá...

MOULINET, *bajo*.—Deja... esto va muy bien!

ATENAIS.—Pida usted a la señora marquesa que nos muestre el terrado del castillo. Dicen que tiene una vista maravillosa. (*Sube hacia el fondo*.)

La BARONESA, *aparte*.—(Ella quiere cortarle la charla.)

La MARQUESA.—Con mucho gusto.

MOULINET, *saliendo*.—La vista de La Varenne es excepcional, señora marquesa; si usted me hace el honor de venir a casa podremos hacer la comparación. (*Ofrece su brazo a la Marquesa, que lo toma después de alguna vacilación; sube con ella al fondo i se van por el terrado. La Baronesa, que ha subido con Atenais, los sigue. Cuando Clara va a salir, Atenais la detiene.*)

ESCENA X

CLARA, ATENAIS.

ATENAIS.—Quedémonos ¿quieres?

CLARA.—¿Tienes que hablarme?

ATENAIS.—Sí. No puedes imaginarte el placer que tengo al hablarme libremente contigo. En los dos años que hace que nos separamos, yo he reflexionado i he visto mucho. He adquirido un poco de esperiencia, i mis sentimientos se han modificado singularmente. Así, en aquel tiempo, las dos no eramos precisamente buenas amigas.

CLARA.—Pero...

ATENAIS, *alegremente*.—Oh! no digas lo contrario! yo no te queria. Ahora puedo confesarlo, tenia rivalidad contigo, i mi sueño era llegar a igualarte.

CLARA.—Igualarme! Dios mio! a mí, que soi tan poca cosa! Pero si tú eres mui superior? Belleza, elegancia, lujo, tú lo tienes todo.

ATENAIS.—Todo, es verdad, escepto un nombre.

CLARA.—Vaya, pues un nombre en los tiempos que corren, es cosa que se compra. Hai de todos precios: chicos, medianos i grandes. En conciencia, si tú aspiras a la nobleza, harás bien en comprarte lo mejor que haya, pues tu fortuna lo permite.

ATENAIS, *reprimiendo un movimiento*.—En efecto... I justamente en estos momentos se trata de mi matrimonio...

CLARA, *con ironia*.—Te felicito sinceramente.

ATENAIS.—No es una felicitacion lo que espero de tí.

CLARA.—Pues ¿qué cosa?

ATENAIS.—Un consejo.

CLARA.—Un consejo! ¿sobre qué?

ATENAIS.—Sobre la eleccion que voi a hacer.

CLARA.—Me favoreces demasiado. Pedirme a mí un consejo sobre tus asuntos de familia? Te aseguro que me vas a confundir... Las dos nos conocemos tan poco... ¿No podrias mejor privarte...?

ATENAIS.—Es imposible.

CLARA.—No te comprendo.

ATENAIS.—Escucha con atencion, que la cosa vale la pena. El matrimonio de que se trata es un gran matrimonio, que sobrepasa todas mis esperanzas. Seria para mí cuestion de una corona.

CLARA.—Real.

ATENAIS.—Nó! Ducal solamente... Yo seria duquesa.

CLARA, *asustada*.—Duquesa! (*Queda pensativa.*)

ATENAIS.—¿No me preguntas el nombre de mi futuro?

CLARA, *turbada*.—Yó, i para qué?

ATENAIS.—Sin embargo, es preciso que lo conozcas; es para mí un deber decírtelo... Se llama el duque de Bligny. (*Clara se estremece i para no caer se apoya en la mesa.*) El señor de Bligny es tu pariente, tu amigo de infancia; hasta se ha hablado de ciertos proyectos de union entre él i tú... Yo tenia empeño en venir a buscarte lealmente, para advertirte i consultarte.

CLARA, *con voz ahogada*.—¿Consultarme? sobre qué?

ATENAIS.—Sobre la verdadera situacion del duque respecto a tí. Tú comprendes que si fuera cierto que está comprometido contigo, tú podrias acusarme de haberte quitado tu novio. El duque me ha pedido en matrimonio, pero no le amo. Apénas le conozco... El u otro ¿qué me importa?... Vamos, sé franca (*Acercándose a Clara.*) ¿Le amas? Mi matrimonio con él te disgustaria en lo menor? Dí una sola palabra, i te juro que no lo llevaré a efecto.

CLARA, *hace un movimiento de alegria que al momento reprime*.—Te doi las gracias. Pero ten entendido que yo no soi una mujer a quien se abandona i se desdeña. Si el duque estuviera comprometido conmigo, no creas nunca que se casaria con otra. Nó! Cuando somos niños, entre primos, eso es de regla: la familia nos une i nos casa entre dos sonrisas. Son juegos de la primera edad; pero crecemos lijero, la razon llega i las exigencias de la vida trastornan todos esos proyectos. Dices que el duque ha pedido tu mano? Pues cástate con él. Hubiera sido realmente mui sensible que ámbos no os uniérais. Sois dignos el uno del otro.

ATENAIS.—¿Qué feliz me haces! Piensa tú, qué sueño! tu pariente, tu igual, i esta vez de veras, i duquesa!

CLARA.—Todo lo que tu mereces!

ATENAIS.—Déjame abrazarte. (*Le echa los brazos i Clara se retira al sentirlos.*) Sabe que tienes en mí una amiga sincera i mui adicta. (*La Baronesa aparece por el fondo.*)

CLARA.—Acabas de darme la prueba.

ESCENA XI.

Dichos, la BARONESA.

La BARONESA.—I bien! qué hacen ahí las dos desde hace media hora?

ATENAIS.—Estábamos conversando... Pero ya concluíamos...
Voi a buscar a papá...

(Se va por el fondo.)

ESCENA XII

CLARA, la BARONESA, despues la MARQUESA.

CLARA *ha seguido con los ojos a Atenais, luego va a la Baronesa i estalla.*—Tú sabias que él iba a casarse! Por qué no me has dicho nada?

La BARONESA.—Clara!

CLARA.—Traicionada, despreciada! I por ella? I tú me has dejado saberlo de su boca! Ella ha podido libremente darme semejante golpe! Acaso erais todas sus cómplices? No hai entre vosotras una que me ame? *(Se sienta i se apoya en la mesa sollozando. La Baronesa se le acerca.)*

La BARONESA.—Por favor!... Me das miedo... Oye, querida Clara!...

CLARA, *estallando en sollozos.*—I él! él!... Desgraciada de mí!
La MARQUESA, *trastornada, por el fondo.*—Oh! Dios mio! mi pobre hija! Clara!

CLARA.—Usted sabe, mamá...

La MARQUESA.—Su padre me lo acaba de decir...

CLARA.—Ah! todo ha concluido! Mi vida se acabó! Este abandono pesará siempre sobre mí; i si despues de esta humillacion que me anonada fuese bastante loca para pensar en casarme, ¿quién me aceptará ahora?

La MARQUESA.—Quién? no tienes mas que escojer... Aquí mismo... El señor Derblay aceptará tu mano de rodillas.

CLARA, *deteniéndose en medio de su llanto.*—El señor Derblay?

La MARQUESA.—Sí. I no te hablo de él sino por tranquilizar tu espíritu. ¿Quién podria conocerte sin amarte? Quieres que nos volvamos a Paris? Quieres que hagamos algun

viaje? Habla; yo estoy pronta a todo lo que pueda ser para tí un consuelo. ¿Qué decides?

CLARA, *con desesperacion*.—Ah! qué sé yo?... Quisiera desaparecer en un instante, huir de los demas i hasta de mí misma. Todo me causa odio i desprecio... ¡Dios mio! por qué no he muerto?

La MARQUESA.—Clara!

ESCENA XIII

Dichos, BACHELIN.

BACHELIN, *muy apurado*.—Señora marquesa, perdone usted, pero lo que sucede es tan sorprendente... El señor duque de Bligny.

CLARA, *levantándose vivamente*.—¡El!

BACHELIN.—A pesar de todo lo que le hemos dicho, insiste en ver a Ud.

La MARQUESA.—Voi a hacerle despedir como merece.

CLARA.—Nó, mamá; es necesario no despedir al duque de Bligny.

La MARQUESA.—Cómo!...

CLARA.—Por nada del mundo querria yo que él llegase a creer que he sufrido con su abandono. Todo ántes que su piedad. Recíbale usted, mamá... (*Con firmeza*.) Bien se le puede abrir la puerta, puesto que no se le ha cerrado a su prometida.

La MARQUESA.—Pero, hija mia...

CLARA, *a Bachelin*.—Retenga usted al duque por un instante i ruegue al señor Derblay que venga a hablar conmigo.

(*Bachelin se va por el fondo*.)

La MARQUESA.—¿Al señor Derblay?

CLARA, *con resolucion*.—Sí, mamá.

La MARQUESA, *con inquietud*.—Pero... sin embargo...

CLARA.—Usted me ha dicho que soi libre para disponer de mí. Déjeme usted hacer... se lo suplico.

ESCENA XIV

CLARA, FELIPE, *la* MARQUESA, *la* BARONESA *i* BACHELIN.

CLARA, *a Felipe que avanza tímido i respetuoso.*—Señor Derblay, nuestro viejo amigo el señor Bachelin ha dicho a mi madre que usted me hacia el honor de desear mi mano. (*Felipe se inclina sin hablar*) Le creo a usted un hombre honrado; i pienso que al haber formado tales proyectos, usted sabia, como todos los que me rodean, i quizás desde mucho tiempo, que el duque de Bligny...

FELIPE, *con emocion.*—Sí, señorita, lo sabia. Pero crea usted que aun en este mismo instante si dependiese de mí asegurar su felicidad, haciendo volver al duque, yo no vacilaria, aunque fuese al precio de mi vida.

CLARA.—Se lo agradezco a usted. Pero todo lazo entre el duque i yo se ha roto para siempre; i la prueba mas segura que puedo darle, es que si usted conserva para mí los mismos sentimientos, yo estoi pronta a dar a usted mi mano.

FELIPE, *tomando la mano de Clara e inclinándose con adoracion.*—Señorita... Oh! Usted me hace mui feliz!

BACHELIN, *desde el fondo.*—El duque!

(*Se oye la voz de Moulinet hablando con el duque.*)

CLARA, *viendo a Felipe como vacilando.*—No se aleje usted.

ESCENA XV.

Dichos, BACHELIN, el DUQUE, luego MOULINET.

EL DUQUE, *mui emocionado.*—Señora marquesa... Clara... ved mi turbacion... mi pesar... mi sentimiento!... Al llegar a la Varenne he sabido el paso incalificable...

MOULINET.—Pero, señor duque...

EL DUQUE, *con altanería.*—Proceder indigno, del cual quiero declarar mui alto que no soi cómplice... Yo he podido cometer muchas faltas, obrar con lijereza, con ingratitude... Pero autorizar una conducta tan ultrajante para con los mios, nó, por mi honor, yo no lo he hecho!

MOULINET.—Una simple visita de política... Yo no comprendo...

EL DUQUE.—Usted no comprende! Esa es su única excusa.

MOULINET.—Si he cometido faltas, yerno mio, le ruego a usted que me las diga; estoi pronto a repararlas.

EL DUQUE.—Basta, caballero!... (*A la Marquesa.*) Debo a usted una esplicacion; permitame dársela. Clara, yo no saldré de aquí sin que usted me haya perdonado.

CLARA, *avanzando con finjida tranquilidad. En este momento Atenais entra por el fondo; luego Octavio i Susana que permanecen atras.*—Pero Duque, usted no debe ninguna esplicacion i no necesita que nadie le perdone. Usted va a casarse! Me parece que usted tiene perfecto derecho para hacerlo... ¿No era usted libre, como yo misma lo soi?

EL DUQUE, *estupefacto.*—¡Clara!

CLARA.—Su misma prometida ha venido a anunciarme la feliz noticia; eso está mui bien, i yo no quiero hacer ménos con usted: señor Derblay... (*Felipe se acerca.*) Es preciso que os presente el uno al otro... El señor duque de Bligny, mi primo... El señor Felipe Derblay, mi futuro esposo.

(*Cae el telon.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Pequeño salon contiguo al cuarto nupcial. Puertas a derecha e izquierda. Al fondo una chimenea. En primer término a la derecha una puerta, a la izquierda, una ventana. A cada lado de la chimenea un canapé; otros muebles. Bríjida atiza el fuego de la chimenea.

ESCENA I

BRÍJIDA, SUSANA, *entrando por la derecha.*

BRÍJIDA.—Qué! señorita Susana, ¿ya vuelve usted de la iglesia? Entónces ya está concluido el casamiento?

SUSANA.—Concluido! todo lo que hai de mas concluido! Yo he dejado a toda la jente con el cura, para venir a dar aquí la última ojeada. Viene una nueva ama, Bríjida. I es preciso que se halle contenta de su casa.

BRÍJIDA.—Dios mio! Cómo no ha de estar contenta cuando aquí estará con nuestro Felipe? I luego, si el pájaro es bonito, la jaula no desmerece.

SUSANA.—Apénas lo bastante.

BRÍJIDA.—Señorita, se me ocurre que nuestra futura señora es de carácter un poco raro, eh? Esta idea de casarse a media noche, como a escondidas...

SUSANA.—Parece que ahora lo hacen así en el gran mundo... Pero ese fuego no se enciende.

BRÍJIDA.—Ya va a encenderse... Felipe casado! I cuando pienso, señorita, que dentro de un año o dos le llegará a usted la vez de trastornarlo todo en la casa...

SUSANA, *sonrojándose*.—No se trata de eso, Bríjida, felizmente.

BRÍJIDA.—Felizmente? Dígame usted, señorita, ¿quién es ese caballero tan buen mozo que la sacó del brazo i que parecia tan entusiasmado con usted?

SUSANA.—Es el señor Octavio de Beaulieu, el hermano de Clara...

BRÍJIDA, *alegremente*.—Eh! eh! vaya un mozo que parece tener mucha afición a nuestros azahares...

SUSANA, *volviéndose*.—Vamos, Brijida, tú no sabes lo que dices.

BRÍJIDA.—Un carruaje ha entrado al patio.

(*Corre a la puerta.*)

SUSANA.—Serán los convidados que vuelven?

BRÍJIDA.—Nó, no son ellos... No veo mas que a su galante compañero... No ha tardado mucho en venir por usted...

ESCENA II

Dichos, OCTAVIO.

BRÍJIDA.—Entre usted, señor, aquí siempre es usted el bienvenido. (*Se va por la derecha.*)

SUSANA.—Escuse usted la familiaridad de Brijida, señor marques. Ella es la que nos ha criado a mi hermano i a mí, i considera esta casa como si fuera la de ella misma.

OCTAVIO.—Aprecio en alto grado su buena acogida, si ella es la espresion del pensamiento de sus amos.

SUSANA.—¿Cómo podria ser de otro modo? ¿No es usted el hermano de mi hermana?...

OCTAVIO.—Es verdad, casi soi su hermano... Pues bien, ¿quisiera usted hacerme un favor?

SUSANA.—¿Cuál?

OCTAVIO.—No me llame usted mas tan solemnemente señor marques, como acaba de hacerlo; trátame como a un amigo de confianza.

SUSANA.—Queda prometido.

OCTAVIO.—Ahora que nos vemos libres del ceremonial del matrimonio, pienso que podremos solazarnos un poco.

SUSANA.—Ah! con muchísimo gusto!... Felipe es algo grave conmigo...

OCTAVIO.—Usted se ha acostumbrado a mirarle mas bien como a un padre...

SUSANA.—Sí, como al padre mas tierno. Si usted supiera cuán bueno ha sido para mí, qué de solícitos cuidados i de dul-

ces atenciones ha tenido cuando yo era niña... Ha pasado noches enteras trabajando por mí, siempre por mí! porque yo he sido un estorbo en su vida.

OCTAVIO.—¿Usted?

SUSANA.—Era ingeniero de minas i se le presentaba un porvenir brillantísimo. Pero, sin tener un solo instante de vacilacion, lo dejó todo i se lanzó a la industria para poner en salvo los negocios de nuestro padre i ganar para mí una fortuna. Yo no soi nada sino por él, todo se lo debo. Por eso le amo profundamente i deseo con todo mi corazon que sea tan feliz como merece.

OCTAVIO.—Tengo envidia de lo que él ha podido hacer por usted. Es un sentimiento tan dulce el de la proteccion! Hubiera sido para mí una felicidad haber tenido una hermana tierna i débil a quien amar i proteger. Porque ¿qué proteccion puedo ejercer sobre Clara? Mas bien es ella quien pudiera protegerme a mí. Mi hermana es todo un carácter.

SUSANA.—Así me ha parecido. Pero ella amará a Felipe... Mi hermano es tan bueno! Usted no ha podido todavía apreciarle en su justo valor. El casamiento se ha hecho tan lijero!

OCTAVIO, *riendo*.—Ya lo creo... Un casamiento a hora fija, estipulado como el plazo de un pagaré. Era preciso no dejarlo protestar.

ESCENA III

Dichos, la BARONESA, el BARON, MOULINET.

La BARONESA, *entrando como un viento*.—¿Hai fuego aquí? Qué felicidad! Esta vuelta a través de ese parque tan oscuro, a lo largo de esa laguna alumbrada por la luna... Oh! amigos míos, vengo helada...

MOULINET, *desde el umbral*.—¿No soi indiscreto?

El BARON.—Entre usted, señor Moulinet.

MOULINET.—Mi hija se ha quedado abajo con la novia, i no sé qué se ha hecho el duque de Bligny.

La BARONESA.—Oh! ya lo encontrará usted, no tenga cuidado.

MOULINET.—I sin usted, señor Baron, que ha sido mi providencia, no tendria con quien hablar i habria parecido un intruso... (*Se dirige a la Baronesa i conversa con ella; se sienta en la silla frente a la chimenea.*)

OCTAVIO, *aparte*.—Pues bien, basta con eso. (*Al Baron.*) Parece que usted está a partir de un confite con el papásuegro.

El BARON.—Ese hombre me adora, no quiere separarse de mí... I es vivo bajo ese aire de tonto...

OCTAVIO.—La prueba es que está aquí.

El BARON.—Ah! tambien está el duque.

OCTAVIO.—Hubo sus dulzas para invitarle... Pero el mismo Derblay sostuvo la invitacion.

El BARON.—Es un hombre de talento. En cuanto al señor Moulinet, maese Bachelin daba hace poco detalles mui curiosos sobre los proyectos que acariciaba al instalarse en este pueblo.

OCTAVIO.—¿Cuáles eran?

El BARON.—Espere usted, ya lo verá... (*Va hácia Moulinet.*) I bien, señor Moulinet, parece que usted dotará al pueblo con un diario?

MOULINET.—Ah! sabia usted, señor Baron?... Sí, me ha parecido que es un deber consagrar una parte de mi fortuna a ilustrar a mis conciudadanos.

El BARON, *aparte*.—(O a deslustrarlos!...) (*Alto.*) Pues esa es la primera piedra de una candidatura, señor Moulinet.

MOULINET.—Tal vez, señor baron, tal vez. El diputado de mi circunscripcion...

OCTAVIO.—El simpático i silencioso Marechal...

MOULINET.—Oh! está mui enfermo!

El BARON.—I usted se prepara a reemplazarle. ¿Qué carácter dará usted a su diario?

MOULINET.—Oh! eso es mui delicado... Yo soi un hombre conciliador... No quisiera malquistarme con nadie.

El BARON.—I hacerse elejir por todos los partidos!

MOULINET.—Eso es! Así, para afirmar bien mis principios, he dado a la municipalidad de La Varenne dinero para edificar una escuela laica, i al cura la suma necesaria para refaccionar la iglesia.

La BARONESA.—De ese modo todos quedan contentos.

MOULINET.—I he escojido para el diario una opinion media, fluctuando entre la derecha i la izquierda.

El BARON.—Ya lo estoi viendo... Algo como las palabras de la Marsellesa con una música de letanía!...

La BARONESA.—Eso es mui grande, señor Moulinet.

MOULINET.—Es práctico, según creo. Entre los partidos estremos hai una masa tímida que trato de agrupar en torno mio... Ella no sabe lo que quiere, i es preciso enseñárselo.

El BARON.—Perfectísimamente! Ud. hace un llamamiento a todos los imbéciles! Pues usted tendrá la mayoría!

MOULINET, riendo.—Así lo espero. (*Viendo entrar al Duque.*)
Ah! hé aquí a mi yerno.

ESCENA IV

Dichos, el DUQUE.

(*Susana, la baronesa, Octavio, agrupados cerca de la chimenea. El Duque por el fondo se les acerca.*)

OCTAVIO.—Viene usted del salon, duque?... Han llegado ya todos?

El DUQUE.—Hace un instante.

SUSANA.—Voi a reunirme con mi hermano.

OCTAVIO.—Yo la acompaño.

(*Se van por la derecha.*)

La BARONESA.—Hacen una hermosa pareja.

ESCENA V

La BARONESA, MOULINET, el BARON, el DUQUE.

El DUQUE.—Pues yo estaba abajo con toda la familia; comenaron las felicitaciones i los abrazos, yo pensé que allí estaba de mas, i de salon en galerías he llegado hasta aquí.

La BARONESA.—Sabe usted dónde está en este momento? En el salon que precede a la cámara nupcial.

El DUQUE, con calma afectada.—Ah! es mui orijinal.

La BARONESA.—Parece usted algo melancólico, Bigny.

El DUQUE.—Es que pienso que dentro de mui poco, yo estaré tan fastidiado como deben estarlo ahora los dos novios.

MOULINET, azorado.—Señor duque!...

El BARON.—A fe mia, pues yo recuerdo que el dia de mi matrimonio me pareció bastante desagradable.

La BARONESA.—Mil gracias!...

MOULINET, *a la Baronesa*.—El señor baron ha dicho: el día!...

(*Rie.*) En mi tiempo ese día era tenido por el mas hermoso de la vida. Es verdad que entónces nos casábamos alegremente, miéntras que hoi se casan a media noche, en una iglesia sepulcral, donde el frío cae sobre uno como un manto de plomo. Yo no comprendo absolutamente esa clase de matrimonios. Lo que es yo, dentro de tres semanas llevaré mi hija al altar i la ceremonia tendrá lugar en la Magdalena... He pedido una misa con música, todo lo que haya mas caro... coros, solos...

El DUQUE.—*Soli*...

MOULINET.—Solos, *soli*; lo mismo me da; en fin, cantos ejecutados por artistas de la Opera, lo mejor posible. En la iglesia, flores por todas partes;... en las gradas, una fila de árboles verdes, i una alfombra de Aubusson que baje hasta la calle.

El BARON, *aparte*.—(Hasta la oficina de los ómnibus.)

MOULINET.—Esa será una verdadera misa de matrimonio... Pero la ceremonia de esta noche... Aquello era siniestro... Esa oscuridad... esa novia que bajo su velo blanco tenia el aire de un espectro, esos asistentes que parecian sombras... Brrr!...

La BARONESA, *al Duque*.—Yo confieso que el órgano me produce un efecto terrible... Cuando comenzó el canto se me llenaron los ojos de lágrimas i se apoderó de mí una tristeza inmensa, acompañada de presentimientos.

El BARON.—Oh!... tú eres demasiado impresionable.

La BARONESA.—Sin mi frasco de sales, me habria sentido muy mal.

MOULINET, *al Duque*.—I luego, yo haré notar sin querer ofender a nadie, que no hai la mas pequeña cena para los convidados.

El DUQUE, *severamente*.—Señor Moulinet!...

MOULINET.—Entre nosotros, los burgueses, una boda como esta se llama una boda seca. Pero en el matrimonio de usted habrá una comida i usted verá... Cien cubiertos a ochenta francos por cabeza. I cuando los convidados se retiren, no se irán como los de esta casa, con el estómago pegado al espinazo.

El DUQUE.—Señor Moulinet, usted habla demasiado. En interes de todos, yo le ruego que sea ménos expansivo.

MOULINET.—Pero, yerno mio...

El DUQUE.—Desde luego, todavía no soi su yerno.

MOULINET.—Oh! usted tiene mi palabra...

EL DUQUE.—I aun cuando lo fuera, no me llame usted así. I aun si es posible, no me llame usted de ningun modo.

MOULINET.—Señor Duque! (*Aparte.*) Por mas revoluciones que se hagan, nunca seremos iguales a estas jentes...

ESCENA VI.

Dichos, ATENAIS, OCTAVIO, la MARQUESA, BACHELIN, CLARA, SUSANA.

ATENAIS, *entrando.*—Os anuncio la novia. (*Acercándose a Moulinet.*) Dentro de un instante nos iremos.

MOULINET.—Voi a dar las órdenes.

(*Clara, en traje de novia, con el velo puesto, entra del brazo de Octavio, seguida de Susana, de la Marquesa i de Bachelin.*)

EL BARON.—¿Dónde está el señor Derblay?

OCTAVIO.—Ha ido a acompañar a unos amigos hasta el carruaje.

La MARQUESA.—¿Cómo te sientes, hija mia?

CLARA.—Mui bien... (*Se sienta en el sillón i Susana le quita el velo i la corona.*)

La MARQUESA, *yendo hácia Bachelin.*—¿Ha cumplido usted mi encargo?

BACHELIN.—Sí, señora marquesa. Siguiendo las instrucciones de usted, he dicho al señor Derblay que una vez efectuado el matrimonio, usted creia de justicia hacer conocer a su esposa su verdadera situacion de fortuna i darle a saber al mismo tiempo su ruina i el desinterés de su marido. Pero debo decir a usted que Felipe se ha opuesto terminantemente a esa revelacion. El no quiere que su mujer, al poner un pié en su casa, pueda creer que entra en ella con la menor desventaja, i me ha encargado suplicar a usted que renuncie a su proyecto.

La MARQUESA.—Os confieso que ese jóven me asombra en todo. Tiene una profundidad de miras i una elevacion de carácter sorprendentes. Es realmente un hombre extraordinario.

BACHELIN.—Es lo que he tenido el honor de decir a usted cuando le hablé de él por la primera vez.

La MARQUESA.—Sí, es un verdadero gentil-hombre. Hemos tenido la mano feliz. Esperemos que mi hija sabrá apreciar como nosotras a su marido. Pero está mui pálida, Bachelin!...

EL DUQUE, *acercándose a Clara*.—Clara, sea usted buena...
Dígame que me perdona.

CLARA, *mirando atrevidamente al Duque*.—Todo lo he olvidado.
No amo mas que a mi marido.

EL DUQUE, *con una sonrisa*.—Deseo que al hablar así sea usted sincera.

CLARA, *pasando delante del Duque i yendo cerca de la chimenea*.
—Adios, duque...

EL DUQUE.—Hasta la vista, Clara.

EL BARON, *yendo hácia el Duque*.—I bien, duque ¿usted se va?

EL DUQUE, *con lijereza*.—Oh! ya no tengo nada que hacer aquí.
Le toca el turno al marido.

EL BARON.—Eh! Eh! parece que usted guarda un poco de amargura... Confiese usted que algo le pesa ver a Clara casada.

EL DUQUE.—Pesarme? Es a mí a quien debe pesar?

BACHELIN.—Amigo mio, hé ahí una respuesta pretenciosa.
Pero ya que usted se cree un vencedor, ha mirado usted bien a Felipe Derblay? I diga usted, le ha parecido un marido a quien se le puede tomar la mujer?

EL DUQUE, *con burla*.—Bah!... desüe Vulcano, los herreros no tienen mucha suerte.

EL BARON, *grave*.—Pues bien, créame usted... cuidado con el combo! (*Sube hasta la chimenea*.)

EL DUQUE *se encoje de hombros i se dirige a Moulinet*.—Nos iremos cuando usted quiera.

MOULINET.—No seré yo quien le retenga. ¡Qué recepcion! Yo creía encontrar aquí toda la aristocracia de la provincia! i ni siquiera un gato! Ah! sí, el notario que me vendió el castillo... Es una irrision!

ATENAIS, *adelantando con Clara*.—Ahora no te queda nada que desear; amas... eres amada... Prométeme que pensarás en mí en tus alegrías i en tus penas. Siempre se las tiene. Tú sabes que tomaré mi parte.

CLARA.—Ten seguro que aprecio tu amistad en su justo valor.
Pero tú sabes que la felicidad no busca confidentes... Yo seré feliz sin decirlo.

ATENAIS, *sonriendo*.—Hasta luego. (*Aparte*.) Indomable! (*Toma el brazo de su padre i se van por la izquierda, seguidos del Duque, del Baron i de Bachelin*.)

CLARA, *conteniendo su emocion, aparte*.—No me verán llorar.

La MARQUESA, *yendo hácia Clara*.—Vamos, querida mia! Ya es preciso separarnos... Mi rol de madre ha terminado. Ya eres dueña de tu vida... ¿No es verdad que yo he hecho todo lo que he podido porque tú seas feliz?

CLARA, *con esfuerzo*.—Sí, mamá querida... No tenga por mí la menor inquietud. (*Con voz ahogada*.) No me haga usted llorar... podrian creer... váyase usted! hasta mañana... (*Besa a su madre. Octavio se acerca, da el brazo a la Marquesa i se va con ella*.) Oh! me ahogo!

SUSANA, *acercándose*.—Hermana mia, en nuestra provincia se cree que la flor desprendida del ramo de una novia a quien se ama, trae la felicidad... Yo la amo a usted mui tiernamente... ¿Me permite usted tomar una de esas flores?

CLARA, *con amargura*.—Si esas flores traen felicidad, para mí son inútiles. Tenga usted, lléveselas todas. (*Se arranca el ramo i lo da a Susana. Vá hácia arriba*.)

SUSANA, *emocionada*.—Parece que a usted no le importan nada estas flores... I sin embargo, es mi hermano quien se las ha dado.

La BARONESA, *oyendo a Susana*.—Déjela usted, hija mia. Ella necesita un poco de calma... No se ponga usted triste i llévese su ramo... que puede servirle de modelo uno de estos dias.

SUSANA, *al irse*.—Buenas noches, señora.

La BARONESA, *besándola*.—Buenas noches, querida niña.

ESCENA VII.

La BARONESA, CLARA.

La BARONESA.—Pero ¿en qué estás pensando? Acabas de dar un sentimiento a esa pobre niña, i mui gratuitamente. Vamos! qué es lo que hai? Habla!

CLARA, *con esplosion*.—¿Que no estás viendo cuánto sufro? No comprendes que voi a volverme loca? Dentro de un instante, todos los que me amais os habreis alejado! i yo quedaré sola en esta gran casa desconocida! A quién allegarme, hácia quién volverme? Todo lo que me unia al pasado se ha roto; todo lo que podia atraerme hácia el porvenir ha desaparecido!

La BARONESA.—Tú te desesperas como si estuvieras abandonada. ¿No tendrás siempre las antiguas afecciones? I no vas a tener otras, sinceras i abnegadas? Tu marido está ahí... él te adora... Ten confianza.

CLARA.—Ah! si supieses lo que pasa en mí! Este matrimonio que yo he querido, a pesar de todo, con el arrebató de un orgullo irritado, ahora que ya está hecho me causa horror. Quisiera huir de ese hombre, que es mi marido. Oye, no me dejes, quédate aquí... El no se atreverá a venir mientras tú estés conmigo.

La BARONESA.—Dios mio! tú me asustas. Tal vez tu mamá no se ha ido todavía... ¿Quiéres que la llame?

CLARA.—Oh! nó! De ella es de la que mas quiero ocultarme. Es preciso que ella ignore mis sufrimientos, que ni siquiera sospeche mi desesperacion. Todo lo que se ha hecho, soi yo quien lo ha querido; yo sola debo soportar las consecuencias. Mis desfallecimientos no tienen excusas... Pierde cuidado. Ya no se renovarán.

La BARONESA.—Pero sin embargo...

CLARA, *con firmeza*.—Vé a unirme con tu marido sin ninguna inquietud. Abrazame, i que todo lo que acabas de oirme sea olvidado por tí en cuanto pases el umbral de esa puerta. ¿Me lo prometes?

La BARONESA, *abrazándola*.—Te lo prometo!... Hasta mañana!

CLARA.—Hasta mañana.

La BARONESA, *al tiempo de salir*.—Pobre Clara!

(*Se va.*)

ESCENA VIII

CLARA, *sola*.

¡Ai! Todo está ya concluido! Mis ilusiones se acabaron! Ya estoy viendo la verdad. Ahora yo no me pertenezco... Debo vivir unida a un hombre que va a llegar armado de sus derechos, i que puede decirme: yo quiero! a mí, hasta aquí siempre libre, siempre obedecida! (*Con desesperacion.*) Ah! no seria mejor desaparecer para siempre?... Dios mio! (*Va a la ventana i la abre.*) Qué tranquila está esa agua brillante!... Allí encontraria el reposo... el olvido... (*Cierra bruscamente.*) Nó, seria un escándalo odioso, degradante! Mi vida entregada a la curiosidad banal! .. Todo ántes que eso!... Oh! miserable, cobarde que me ha traicionado!... Mas cobarde i mas miserable todavía el que me ha aceptado por mujer. (*Escucha con angustia.*) He sentido pasos... Es él!

ESCENA IX

CLARA, FELIPE.

FELIPE, *a la distancia, con timidez*.—¿Quiere usted permitirme que me acerque? Por la primera vez estamos solos, i yo tengo para usted muchas cosas en el corazon. (*Avanza un poco.*) Hasta aquí no me habia atrevido a hablar... Habria espresado mal mis sentimientos... (*Avanza mas.*) Toda mi vida se ha pasado en el trabajo... Así es que le suplico que sea indulgente... Crea usted que lo que siento vale mucho mas que lo que digo. Muchas veces usted me ha visto acercarme, balbucear algunas palabras i luego guardar silencio... Tenia miedo de parecerle a usted demasiado atrevido o demasiado tímido, i este temor me paralizaba. Entónces me limitaba a escuchar a usted, i su voz sonaba en mis oidos tan dulce como un canto. Yo me abismaba en su contemplacion, olvidándolo todo por seguirla con los ojos cuando la veia andar por el terrado, como en un rayo de sol. Así ha entrado usted profundamente en mí, i he vivido adorándola. Usted ha llegado a ser mi único pensamiento, mi esperanza, mi vida! (*Se acerca a ella.*) Juzgue usted cuál será mi embriaguez ahora que la veo aquí, cerca de mí, toda mia! (*Le toma la mano.*)

CLARA, *retirando su mano*.—Señor... por favor!...

FELIPE, *asombrado*.—¿Qué tiene usted? Soi bastante desgraciado para que mis palabras la disgusten?...

CLARA, *dulcemente*.—No me las diga usted en este momento... Estoy tan turbada...

FELIPE, *le toma la mano*.—Ah! sí! usted está pálida, temblando... ¿Soi yo acaso la causa? (*Le suelta la mano.*)

CLARA, *bajo, despues de una pausa*.—Sí.

FELIPE.—Tranquílcese usted... se lo ruego! No sabe usted que mi único deseo es no desagradarla? ¿Qué desea usted que haga? Ordene... Todo me será fácil... La amo tanto!

CLARA, *con triste sonrisa*.—Si usted me ama... entónces... sea usted bueno... i...

FELIPE, *con dulzura*.—¿Por qué no decir todo su pensamiento? Desea usted que la deje sola? Quiere usted imponerme esa prueba? Me someteré a ella si tal es su voluntad.

CLARA.—Pues bien, sí. Yo se lo agradeceré... Las emociones de este dia me han hecho mal; necesito calma, deseo re-

cojerme. Yo le explicaré a usted mañana... mas tarde... mas en posesion de mi pensamiento... mas segura de mí misma...

FELIPE, *afectuosamente*.—¿Qué me dirá usted mañana o mas tarde, que no pueda decirme ahora? Mi vida i la de usted ¿no son desde hoi i para siempre inseparables? Nuestro camino está perfectamente trazado: a usted le toca ser confiada i sincera, a mí ser abnegado i paciente; i yo le aseguro que estoy dispuesto. ¿Está usted tambien en las mismas disposiciones?

CLARA, *con embarazo*.—Permítame usted decirle que la confianza no se gana en un momento. Solo hace dos horas que estoy casada i mi vida, ¡ai! data de mas léjos. Esta vida era feliz; yo tenia derecho de pensar en alto, era libre de callarme; jamas me he visto forzada a mentir. Mis penas, i usted sabe que las he tenido, eran prontamente adivinadas; se comprendia que su recuerdo no podia borrarse instantáneamente. Yo he sido mui mimada; jamas se me ha pedido una sonrisa cuando he estado triste... Ahora, si es preciso que me resigne a disimular ante usted, déjeme el tiempo necesario para habituarme a esa opresion.

FELIPE, *vivamente*.—Le suplico que no agregue usted una palabra mas... Usted me hace una injuria!... Sepa usted que jamas tendrá un amigo mas tierno i afectuoso que yo. Al casarme con usted, he tomado mi parte en sus penas i pretendo hacérselas olvidar. Si el pasado ha sido cruel, espérelo usted todo del porvenir. Léjos de mí la idea de imponerle mi amor. Lo que pido solamente es que me deje usted probar a conquistarla a usted misma a fuerza de cuidados i de ternura. Hé ahí toda mi ambicion. I puesto que usted tiene necesidad de reposo i de soledad, quédese usted aquí libre i tranquila como lo estaba ayer... Yo me retiro... ¿No es verdad que eso es lo que usted desea? Hágase, pues, segun su deseo. (*Se acerca a Clara i le da la mano.*) Hasta mañana! (*Va a besarla en la frente; luego, como cediendo a estraño impulso la va a abrazar.*) No obstante... si supiera usted cuánto la amo!...

CLARA, *rechazándole con cólera*.—Déjeme usted!

FELIPE, *estupefacto*.—Clara!...

CLARA, *con fuerza, retrocediendo*.—Ah! no se acerque usted!

FELIPE.—Me rechaza usted con violencia, con horror! ¿Qué es lo que le pasa? (*Animándose.*) Eso no es solamente el miedo del pudor!... Eso es repulsion. (*Se acerca a ella a, la derecha.*) Sí, esas palabras de hace un momento me vienen al espíritu i ahora temo comprenderlas mejor...

Despues de aquella decepcion que usted sufrió, ha quedado algo mas que amargura en su corazon! Hai tal vez algun pesar...

CLARA, *sordamente*.—¡Caballero!... (*Trata de alejarse.*)

FELIPE, *interponiéndose i deteniéndola con autoridad*.—Oh! escúcheme usted!... La hora de las esplicaciones ha llegado... Usted, con su actitud, me da sospechas que es necesario que usted aclare. Una mujer no rechaza a su marido sin motivos. Para tratarme como usted lo hace, es preciso...

CLARA, *volviéndose i mirándole con altivez*.—¡Es preciso?...

FELIPE, *mirándola fijamente*.—¡Acaso ama usted todavía a ese hombre que tan cobardemente la ha abandonado? (*Clara se vuelve i permanece inmóvil i en silencio.*) Usted me ha oido, responda usted! Es preciso! (*La toma de un brazo i adelanta violentamente con ella.*) Yo lo quiero!

CLARA, *con cólera*.—Pues bien!... si así fuese?

FELIPE, *levantando los puños como para anonadarla*.—¡Desgraciada!... (*Retrocede con estupor.*) Vamos. Esto no es posible!... Usted ha querido probarme... ¿no es cierto?... Ah! pero es un juego mui cruel! (*Suplicante, tendiendo las manos.*) Oh! pero hable usted! Dígame usted algo!... Se calla! (*Con rabia al verla inmóvil i sombría.*) Luego es cierto! (*Da algunos pasos al azar, luego se acerca a ella.*) Así usted ha consentido en ser mi mujer teniendo lleno de otro el corazon?... Pero ¿a qué grado de degradacion moral ha llegado usted?

CLARA, *con desesperacion*.—Eh! caballero! ¿no ha visto usted que desde hace quince dias yo soi una loca? ¿No comprende usted que me estoi revolviendo en un círculo del cual no puedo salir? He sido arrastrada a lo que he hecho por una fatalidad irresistible. Yo debo parecerle una criatura mui miserable; pero nunca me juzgará usted tan severamente como yo misma me juzgo. He merecido su cólera i su desprecio. I ahora... tome usted todo lo mio, excepto a mí misma!... Le abandono a usted mi fortuna!... ¡que ella sea el rescate de mi libertad! (*Va a sentarse en el sillón a la izquierda.*)

FELIPE, *con esplosion, acercándose*.—Su fortuna!... usted me la ofrece!... a mí... (*Con frialdad.*) Usted se engaña, señora! Usted cree estar hablando con el duque de Bigny.

CLARA, *levantándose airada*.—¡Caballero!..

FELIPE, *con amargura*.—I bien! ¿por qué se detiene usted? Defiéndale! Eso es lo ménos que usted puede hacer por él. (*Con rabia.*) Ah! ahora lo veo! Usted ha querido tomar

por marido un hombre que le fuese sumiso... Un enlace conmigo era desigual... pero mi docilidad debia compensar la bajeza de mi oríjen. Si por acaso yó pensaba rebelarme i hacer valer mis derechos, habia con qué cerrarme la boca: un saco de dinero!... I yo ¡ciego! que no he visto el lazo! Necio! que nada he sospechado de esta picante intriga, i que he venido hace un momento trénulo, palpitante, a hacer aquí mi declaracion de amor! ¿No es verdad que he sido mas que insensato, mas que grotesco?... No he sido cínico i bajo?... Porque, en fin, yo tengo la fortuna de usted, ¿no es verdad? Ya estoi pagado! No tengo derecho para reclamar!... (*Estalla en una risa furiosa que termina con sollozos, se desploma sobre el canapé de la derecha i oculta la cabeza entre las manos.*)

CLARA, con estupor.—Señor....

FELIPE, llorando.—Usted acaba de destruir en un instante toda mi felicidad!... I lloro, señora, lloro... (*Se levanta.*) Pero basta de debilidad! Usted queria comprarme su libertad... yo se la doi de balde; i crea usted que no la perturbaré jamas. Todo lazo queda roto entre los dos. Pero como una separacion pública causaria un escándalo, que yo no merezco sufrir, i que le ruego me escuse, viviremos el uno cerca del otro; pero el uno sin el otro. I como no quiero ningun equívoco de usted a mí, oiga usted bien lo que voi a decirle: algun dia sabrá usted que acaba de ser aun mas injusta que cruel. Quizás entónces tendrá usted la idea de volver sobre lo que ha hecho; pero desde ahora yo le declaro que será inútil. Ahora podria verla a usted arrastrarse a mis piés, implorando su perdon, i yo no tendria para usted una sola palabra de piedad. Adios, señora. Hé allí sus habitaciones; hé aquí las mias. (*Señala a derecha e izquierda.*) A contar desde hoi, usted no existe para mí.

(*Clara baja la frente, i en silencio i con lentitud atraviesa el salon i se dirige a su cuarto. Felipe la sigue ansiosamente con la mirada, esperando una vuelta, una muestra de arrepentimiento. Ella se va i cierra su puerta.*)

ESCENA X

FELIPE, *solo, con dolor.*

¡Qué!... Ni una palabra!... ni una mirada!... Ni arrepentimiento, ni piedad! (*Con cólera.*) Ah, criatura orgullosa, que no quieres doblegarte! Yo te adoro, pero te quebrantaré!...

(*Cae el telon.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Salon en casa de Felipe, en Pont-Avernes. Al fondo gran hueco de puerta que da sobre un terrado, i por donde se divisa el parque a lo léjos. Muebles ricos al estilo de Luis XIV. A la izquierda en primer término ventanas con cortinas; en segundo, sillas i canapé. A la derecha en primer término, una puerta; en segundo, dos sillones. A ambos lados otra puerta; consolas con espejos, i floreros con ramos de rosas musgosas.

ESCENA I

CLARA, *la* BARONESA, *el* BARON, FELIPE, *la* DUQUESA, MOULINET, SUSANA, OCTAVIO, *el* DUQUE, PONTAC, *el* PREFECTO, *el* JENERAL. *Todos están agrupados en torno de Moulinet.*

TODOS.—Bravo! bravo, Moulinet!

MOULINET.—I terminaré, señora, deseando a usted en este día de Santa Clara, la continuacion de una felicidad, que es a la vez una condenacion para los celibatarios i una leccion para los casados.

El DUQUE, *aparte*.—Una piedra en mi tejado.

MOULINET.—Acojido por usted con esa gracia que la caracteriza, su casa ha llegado a ser para mí una morada de predileccion... de predileccion, digo bien, i siempre vengo con nuevo placer a traer a usted el tributo de mi sincera admiracion.

TODOS.—Bravo!

ATENAIS.—¿Ha concluido usted, papá? Preciosa la improvisación!

MOULINET, *aparte*.—Harto la he estudiado desde ayer.

BACHELIN, *acercándose a Clara*.—Es una grande alegría para todos los amigos de usted verla tan bien restablecida después de las inquietudes que nos ha causado su querida salud.

CLARA.—Mil gracias, mi querido amigo. (*Se dirige al terrado.*)

El BARON, *a Bachelin*.—Oh! mi querido Bachelin, yo caigo de las nubes. Llegado ayer a Beaulieu, no esperaba almorzar hoy en casa de Felipe con Bligny, Moulinet i Ca. Entónces, ¿les reciben?

BACHELIN.—Dios mio, señor Baron, hai exigencias mundanas a las cuales no es posible sustraerse. En el momento del matrimonio, las buenas relaciones se habian mantenido en apariencia. A su vuelta a la Varenne, después del invierno, el señor Moulinet se presentó aquí i nunca se le ha cerrado la puerta.

El BARON.—¡I con él se han introducido el Duque i la Duquesa!

BACHELIN.—Ni mas ni ménos.

El BARON.—¿I vienen mucho?

BACHELIN.—Demasiado.

El BARON.—Ah! usted ha notado?...

BACHELIN.—Yo! Oh, nada! Veo mui poco, aun con anteojos... (*Atenais rie a carcajadas*) Pero la duquesa está mui alegre, ella lo revuelve todo, i yo soi un viejo maniático: no me gusta que se cambien mis costumbres.

El BARON.—De todo esto no presajio nada bueno. (*Sube hácia atrás.*)

ATENAIS, *del brazo del Jeneral*.—Sí, Jeneral; en la Varenne tenemos baile todos los lúnes; si usted tuviera la buena ocurrencia...

El JENERAL.—Señora duquesa, esos placeres no son ya para mí; pero llevaré a mis oficiales.

La DUQUESA, *con alegría*.—Perfectamente, Jeneral; i hasta la banda de música, si usted quiere... Señor de Pontac? (*Pontac se separa de Felipe que se dirige a la Baronesa, i adelanta.*) Usted me habia prometido presentarme a la señora de Lavadero, su hermana.

PONTAC.—Cuando usted guste, duquesa.

ATENAIS.—Pues bien, ya me gusta. (*Suben los tres atrás.*)

El PREFECTO, *siguiéndola con los ojos*.—¡Mujer encantadora! MOULINET, *adelantándose con su taza de café en la mano*.—Mi hija, señor prefecto.

El PREFECTO, *saludando*.—Señor...

El BARON, *al Prefecto*.—El señor Moulinet, antiguo juez del tribunal de comercio, uno de nuestros grandes industriales.

El PREFECTO, *muy solemne*.—Señor, tengo mucho gusto... Sus productos a bajo precio han hecho una revolucion en la alimentacion popular... Gracias a usted, el chocolate, artículo esclusivamente reservado a las clases privilegiadas, ha penetrado en la clase obrera.

El BARON.—El chocolate democrático!

MOULINET.—I no me detendré ahí, señor prefecto... yo sueño el chocolate casi gratis.

BACHELIN, *al Baron*.—I sobre todo obligatorio.

(El Prefecto sube i se detiene cerca de Clara i Susana que se han adelantado juntas.)

MOULINET.—Esta es una magnífica relacion que acabo de hacer... *(Al Baron i a Bachelin)* Qué encantadora reunion! Qué metamorfosis ha habido aquí en seis meses! Todo es alegre, risueño; se ve que la alegría habita en esta casa.

El BARON.—Pues usted mismo está radiante, señor Moulinet.

MOULINET.—Es verdad, señor Baron; este lujo, estas fiestas, todo esto me encanta. Me encuentro en mi verdadero elemento... Yo he nacido para la gran vida, mis gustos protestan contra la injusticia de mi orijen.

El BARON.—La gracia i el talento de usted lo han hecho olvidar desde hace mucho tiempo. *(Va hácia Susana i se dirige con ella al terrado.)*

MOULINET, *a Bachelin*.—Qué hombre tan simpático es este Baron! Hé ahí un yerno como yo lo hubiera querido!

El DUQUE, *que se ha acercado a Clara, bajo*.—Clara ¿por qué está usted tan triste? Un dia como este deberia ser para usted un dia de alegría.

CLARA.—Yo no estoi triste; i por otra parte, a usted ¿qué le importa?

El DUQUE.—Nada de usted puede serme indiferente.

(Clara le mira un instante, i sube sin contestarle.)

MOULINET, *al Duque*.—Señor Duque, una palabra... Usted no ignora los proyectos que he formado?

El DUQUE.—Su candidatura? Decididamente, usted la toma a lo serio?

MOULINET.—Sí, señor; i cuento con hacerla triunfar, si usted no me tira piedras a las ruedas.

El DUQUE.—¿Yo?

MOULINET.—Perfectamente! El señor Derblay dispone de una influencia considerable. Tiene todo el pueblo en su mano... Para esta noche me han ofrecido presentarme en mi casa a su grandeza monseñor Farjjs, arzobispo de Besanzon... i tenemos a almorzar al Jeneral i al Prefecto, jentes de primera nota.

El DUQUE, *alegremente*.—El Prefecto! el hurraño Monicaut, que he conocido en Paris, buen vividor en un tiempo, i provisto ahora de un tutor judicial!

MOULINET.—Pero ahora es Prefecto, caballero.

El DUQUE.—Otro mas que ha errado el camino.

(*Todos comienzan a retirarse.*)

MOULINET, *amostazado*.—Oh! eso es un injénio mui fácil... En fin, señor, la influencia del señor Derblay i las ventajas que yo puedo sacar de ella, parece que para usted no valen nada, i pienso con sentimiento que usted abusa de las relaciones que yo he reanudado tan hábilmente con él; para...

El DUQUE.—¿Para?...

MOULINET.—Para hacer la corte a su mujer.

El DUQUE.—La señora hija de usted me hace el favor de quejarse?

MOULINET.—A fe mia, nó. El matrimonio de usted anda a la diabla; yo encuentro la cosa deplorable; pero parece que así va bien, i mi hija parece inquietarse mui poco de la felicidad de su marido.

El DUQUE.—Pues entónces?...

MOULINET.—Oh; soi yo quien lo siente. El señor Derblay se apercibirá de sus intrigas, usted se indispondrá con él... i él le matará a usted como un simple... pájaro!

El DUQUE, *riendo*.—I del mismo tiro mataré la candidatura de usted!... Patatrás!... El jarro de leche!... Adios vaca, cochino, polluelos...

MOULINET.—Señor Duque! (*Aparecen en el fondo Felipe dando el brazo a Atenais, luego Clara, la Baronesa i los demas personajes*)

El DUQUE, *lo mismo*.—Bah! tranquilícese usted! Mis atenciones para con la señora Derblay... simple galantería sin consecuencia... Duerma usted en paz, señor Moulinet!

Usted será diputado!... Solamente trate de no llegar a ministro...

MOULINET.—¿Eh?

EL DUQUE.—Usted acabaría por comprometerme.

MOULINET.—Vamos! ya seré razonable.

ATENAIS, a Felipe.—Tiene usted una manera de explicar las cosas, que no pertenece mas que a usted.

(Clara los sigue con los ojos, turbada.)

La BARONESA, a Clara.—¿Qué tienes?

CLARA.—Nada.

La BARONESA, aparte.—Aquí hai algo!

ESCENA II

Dichos, SUSANA, corriendo.

SUSANA.—Felipe!

FELIPE.—¿Qué hai, hija mia?

SUSANA.—Es una diputacion de obreros... Son tres, i piden permiso para entrar. (*Felipe hace una señal de asentimiento i ella se va.*)

El PREFECTO.—Una pequeña demostracion popular... magnífico!

El BARON.—Este va a pedir que se cante la Marsellesa.

ESCENA III

Dichos, GOBERT i dos obreros, SUSANA.—Gobert trae un gran ramo.

FELIPE.—Es usted, Gobert... Adelante!... i vosotros tambien, amigos mios.

(*Gobert permanece inmóvil, muy confuso.*)

Un OBRERO, empujándole.—Vaya, tú eres el que debe hablar.

GOBERT, buscando las palabras.—Ya que el patron lo permite, señor Derblay, sirvase usted aceptar este ramo que me han encargado que le ofrezca en nombre de todos mis compañeros, deseándole un feliz dia... Es preciso que la

señora sepa que aquí en Pont-Avesnes somos dos mil personas que debemos todo lo que tenemos a su señor esposo... I usted ve que le sabemos agradecer a usted la felicidad que ha traído a nuestro bienhechor.

CLARA, *en voz baja*.—La felicidad!

TODOS LOS ASISTENTES.—Bravo! Bien!

GOBERT, *animándose*.—Pero tengo otra cosa que decir. El pueblo va a ser convocado para elegir un diputado.

MOULINET.—Un diputado!

GOBERT.—I venimos a rogar a nuestro patron que nos permita elegirle.

El PREFECTO, *con énfasis*.—Mui bien! Estas buenas jentes tienen un feliz pensamiento: el señor Derblay es de los nuestros. Para todos su nombre significa: probidad, ciencia, trabajo i libertad!

MOULINET, *aparte*.—Ai! mi negocio peligra!

FELIPE, *a los obreros*.—Mi buen Gobert, dé usted las gracias por mí a sus compañeros; pero dígales que no puedo aceptar el honor que quieren hacerme.

MOULINET, *con asombro*.—Rehusa! Una eleccion segura!... Este es un hecho sin precedente.

FELIPE.—Deseo permanecer en medio de vosotros; aquí es donde podré encontrar mejor i mas a menudo la ocasion de seros útil.

GOBERT I DOS OBREROS.—Viva el patron!

(*Aclamaciones afuera.*)

FELIPE.—Por lo demas, entre todos escojeremos un candidato que nos represente dignamente.

MOULINET, *aparte*.—Lo dice por mí, sin duda... Qué hombre tan excelente! (*A Bachelin.*) Hé ahí otro yerno como yo lo hubiera querido.

BACHELIN, *riendo*.—Todos, escepto el que tiene.

(*Moulinet va a estrechar la mano a Felipe i vuelve a su lugar.*)

CLARA.—En cuanto a mí, amigos míos, agradezco desde el fondo de mi corazon vuestro buen pensamiento; i usted Gobert, el mas antiguo del establecimiento, por todos sus compañeros, venga a estrechar mi mano.

GOBERT, *enterneciéndose*.—Ah! señora! Los señores Derblay han sido siempre mui buenos... i usted es mui digna de

pertenecer a su familia. (*Va hácia Clara, le besa la mano i despues grita con entusiasmo.*) Viva la patrona!

FELIPE.—Mi señora acaba de esplicar mui delicadamente todo lo que yo pienso. Amigos míos, hoi el parque es vuestro... Ahí se han preparado juegos, un baile i algo para beber a nuestra salud. Id i divertios; esa será la mejor manera de darme las gracias. (*Se oyen aclamaciones de afuera. Los obreros se van. Felipe los acompaña.*)

SUSANA, a Felipe.—Oh! vamos al parque.

ATENAIS, a Felipe que está al fondo.—Yo reclamo su brazo, señor Derblay. (*A Clara.*) ¿No vienes con nosotros?

CLARA, sombría.—Pienso que tendrás bastante con Felipe.

ATENAIS, sonriendo.—Te contraría que te lleve a tu marido? Estarás por acaso un poco celosa?

CLARA, con rabia concentrada.—Celosa, yo! nó! Estoi algo cansada, i nada mas. (*Viendo a Felipe pronto a irse.*) Felipe!

FELIPE, acercándose.—Qué tiene usted? Sufre usted algo? Desea alguna cosa?

CLARA, mui reprimida.—Nó... no tengo nada... no quiero nada... vaya usted... (*Con cólera i cayendo abatida sobre un sillón.*) ¡Ah!

(*Felipe se va con Atenais, seguido de todos los demas.*)

ESCENA IV

CLARA, la BARONESA.

La BARONESA.—¿Qué significa todo esto? El Duque te rodea de galanterías, i tu marido se pone a las órdenes de Atenais... ¿Tienes acaso mucha confianza en la duquesa Moulinet?

CLARA.—Tengo confianza en mi marido.

La BARONESA.—Oh! tú sabes, los maridos... Despues les vienen los pesares... pero ya la cosa está hecha.

CLARA.—¿Por qué me dices eso?

La BARONESA.—Porque... (*con resolucion.*) porque tú no eres franca, porque tienes secretos para mí, porque tú sufres i eso me entristece.

CLARA, con una alegría nerviosa.—Yó? I por qué habria de sufrir? Vivo en medio del lujo, del ruido, de la animacion... Tengo una familia que me adora... amigos que me ro-

dean... un marido que me deja toda mi libertad... Tú sabes que esto es lo que yo habia soñado... ¿i por qué habria de sufrir?

La BARONESA.—Pues bien! Lo que tú habias soñado en otro tiempo es lo que hoi hace tu desesperacion. Tu marido te deja tu libertad; pero él tambien ha tomado la suya, i cuando tú lo ves cerca de otra mujer... Nó, tú no eres feliz!

CLARA, *con esplosion*.—Pues bien! sí! es verdad, soi mui desgraciada, ¡ai! i con justicia...

La BARONESA.—Pero tu marido...

CLARA.—Ah! no le acuses! El es el mas jeneroso de los hombres! Yo sola soi la culpable.

La BARONESA.—¿Qué es, pues, lo que hai?

CLARA.—Hai... ¿Te acuerdas de la noche de mi casamiento? Tú fuiste la última en separarte de mí. Despues vino mi marido... I ese hombre que me adoraba... ¿comprendes esto? yo le rechacé i le despedí!...

La BARONESA.—Clara!

CLARA.—Tratado tan rudamente, su cólera fué terrible... Yo habia creído dominarle... Pero súbitamente él se transformó a mis ojos; se me apareció engrandecido con todo su orgullo i todo su desden. Entónces entreví qué hombre era en realidad; tuve un destello de razon... pero ya era tarde... El acababa de romper por sí mismo i para siempre los lazos que nos unian.

La BARONESA.—Pero ¿i al dia siguiente?

CLARA.—Al dia siguiente, yo caí enferma i estuve al morir. Si supieras lo que él fué entónces para mí!... (*Con entusiasmo*.) Durante un mes, dia i noche él me disputó a la muerte; si estoi ahora viva a él solo se lo debo... Entónces... no sé lo que pasó en mí... Yo no me sentí la misma... Volví a la vida con otros pensamientos, con otras ideas. ¿Era gratitud por sus cuidados, o admiracion por su carácter? Me sentí arrastrada hácia él;... cuando él no estaba, yo le buscaba involuntariamente; cuando estaba cerca de mí, no le miraba, i sin embargo, le veia. El estaba tan severo, tan triste que yo no me atrevia a hablarle... Oh! si él me hubiese dicho una sola palabra! si siquiera me hubiese terdido la mano... Yo me sentia tan suya, que al instante hubiera caido en sus brazos! (*Deja caer la cabeza en el seno de la Baronesa.*)

La BARONESA.—Ah! tú le amabas!

CLARA, *enderézándose*.—Sí!

La BARONESA.—Ello era fatal. La mujer no ama realmente sino al hombre que se hace su señor. Miéntas mas enérgico i orgulloso ha sido Felipe, mas seguramente debias ser tú vencida.

CLARA.—Sí! I él me hace sufrir todas las consecuencias de mi derrota: soportar la presencia de esa Atenais que se pone desvergonzadamente en el camino de mi marido... i no poder nada para arrancárselo; no tener ningun derecho para defenderme!... Oh! pero que ella se ande con cuidado!... Si tanto hace... seré capaz de una locura que nos pierda a una o a otra.

La BARONESA.—Nó! nó! nada de locuras! prudencia i habilidad. Tú has cometido una falta; es necesario repararla.

CLARA.—¿I cómo?

La BARONESA.—¿No has tenido nunca la idea de acercarte a tu marido i tratar de reanudar los lazos rotos?

CLARA.—No me he atrevido... Piensa que viviendo tan cerca estamos mas separados que dos estraños... Buscarle despues de haberle despedido!

La BARONESA.—Sin embargo, será preciso. Un hombre como tu marido solo ama una vez, i para toda la vida. Pero es un hombre de carácter, i tú no le desarmarás sino humillándote a él.

CLARA, *con arrebató*.—Oh! estoi pronta!... Pero si en ese paso él no creyese ver mas que un nuevo capricho?

(*El Baron aparece por el fondo recojiendo guijarros en el terrado.*)

La BARONESA.—Por eso es necesario esperar una ocasion favorable; i si ésta no se presenta, nosotras la haremos venir. Desde luego, para empezar, voi a ponerme entre tu marido i nuestra querida duquesa Moulinet... Toma! mira al baron recojiendo guijarros como Pulgarcillo... Hé ahí un marido perfecto!... Baron, el brazo.

El BARON, *adelantando*.—A tus órdenes, querida amiga... Es mui curioso: los terrenos de Poul-Avesnes deben contener alumbre. Tendré que hablar de esto con Derblay.

La BARONESA, *con ternura*.—Sí, baron, sí, tú eres un ángel. I lo que es mas, un ángel sabio.

El BARON.—Oh! es demasiado!...

La BARONESA.—Besa mi mano.

El BARON, *tranquilamente*.—Con mucho gusto.

La BARONESA, *a Clara*.—Hasta luego.

(*Se va conversando con el Baron; encuentran al Duque que viene de la derecha, se detienen un instante con él, i luego desaparecen por la izquierda.*)

ESCENA V

CLARA, *despues el DUQUE*.

CLARA.—Oh! sí, yo me humillaré; i me será dulce i fácil... Pero ¿i él? Consentirá en perdonarme?... Cuándo se ha amado como él me amaba, ¿puede acaso olvidarse?

El DUQUE, *acercándose lentamente*.—Cuando se ha amado profundamente, no se olvida jamás!

CLARA, *volviéndose con viveza*.—¿Qué busca usted aquí?

El DUQUE.—A usted. (*Clara quiere alejarse hácia el terrado; el Duque la detiene.*) Oh! quédese usted, yo se lo ruego. Desde hace quince dias usted parece huir de mí.

CLARA, *con desden*.—Yo? (*Baja nuevamente como para desafiarse.*)

El DUQUE.—Esta es la primera vez que puedo hablar libremente con usted.

CLARA.—No tenemos nada que decirnos.

El DUQUE, *con mucha dulzura*.—¿Por qué trata usted de disimular conmigo? Espera ocultarme su pesar?

CLARA, *friamente*.—Yo no tengo ningun pesar.

El DUQUE.—Yo seria mui feliz si pudiese creerla... Pero al oirme... vea usted, en este mismo instante hai lágrimas en sus ojos. Perdone usted mis palabras; pero desde esta mañana yo la veo nerviosa, inquieta... Hace un momento... usted se esforzaba por sobreponerse a su turbacion... i no ha cesado de observar a su marido.

CLARA.—¿I bien?

El DUQUE.—I bien!... Felipe Derblay hacia atenciones a la duquesa mi esposa, i usted parecia sufrir. De ahí he concluido que el buen acuerdo que usted pretende que existe entre él i usted no es exacto, i que él no aprecia en todo su valor el tesoro que el azar o mejor dicho mi mala suerte le ha dado... Entónces mil pequeños detalles, ántes inadvertidos, se han agrupado en mi pensamiento, i he llegado a

la certidumbre de que usted, por mas que diga, no goza de toda la felicidad que merece.

CLARA, *con fuerza*.—Si así fuera, usted seria el único que no tendria el derecho de pensarlo i de decírmelo.

EL DUQUE, *con pasion*.—Clara!... ¿cree usted, pues, que se puede mandar siempre a su razon i a su voluntad? Todo me aconsejaba permanecer alejado de usted; lo debia por su propio reposo. Yo estaba resuelto a ello i he hecho lo posible por olvidarla. Pero este lugar donde usted vivia me atraia a pesar mio... Se decia que usted era feliz, i yo me alegraba... He creido que la volveria a ver sin peligro... Siendo usted feliz, yo la habria adorado desde léjos, sin una palabra, sin una mirada que hubiera podido empañar su felicidad... Pero usted sufria!... Entónces no he podido dominarme... i he comprendido que para mí no podria haber en el mundo otra mujer que usted.

CLARA.—De veras?... Admiro su impudencia. Habiendo tenido usted que escojer entre una mujer a quien pretendia amar, i una fortuna que le tentaba, usted no vaciló; cerró su corazon i abrió su caja. Despues, cuando tiene usted la plata, no le disgustaria tener tambien a la mujer... Es usted demasiado ambicioso, Duque... No se puede tener todo.

EL DUQUE.—Bien sabe usted que yo he sido mas desgraciado que culpable. Sí, un dia tuve que escojer entre mi honor i mi amor, i debí sacrificar el uno al otro. Pero harto he sufrido por ello, i usted puede no guardarme rencor.

CLARA.—Guardarle rencor?... Usted se adula! Si yo espermentase por usted algun sentimiento, no seria otro que el de la gratitud. Porque, en fin, si soi la mujer del señor Felipe Derblay, que es tan útil como usted incapaz, tan abnegado como usted egoista, que tiene todas las buenas cualidades que usted no tiene i ninguno de los defectos que usted tiene, ¿no es a usted a quien lo debo?

EL DUQUE, *con cólera concentrada*.—El señor Derblay es sin duda perfecto, pero tiene un defectillo que hace inútil su perfeccion... para usted al ménos, i es que él no la ama.

CLARA.—Duque!

EL DUQUE.—Ahora él deberia estar cerca de usted... solícito i tierno! I dónde está? con mi mujer!...

CLARA.—Lo que usted dice es indigno.

EL DUQUE.—No es mas que verdadero... El la desdenea.

CLARA.—Ah! concluyamos! No quiero oir a usted por mas tiempo... Usted ha fundado en mi aislamiento esperanzas que

no se realizarán jamás, yo se lo afirmo. Puedo ser una mujer para agradecerle, pero nunca una mujer para consolarle.

El DUQUE, *yendo hácia ella*.—Clara!

CLARA.—Retírese usted!... (*Se aleja al fondo, amenazante*.—
Una palabra mas, i llamo!

El DUQUE, *inclinándose*.—Obedezco!... Me retiro... Pero usted cambiará... (*Sardónico*.) Yo soi paciente... Esperaré.

(*Se va por el fondo, izquierda*.)

ESCENA VI.

CLARA, *sola un momento, luego la MARQUESA*.

CLARA, *con desesperacion*.—He llegado, pues, a tal punto que se me pueda insultar así?... Hé aquí el resultado de mi locura!... La felicidad perdida! el honor amenazado! (*Queda como anonadada*.)

La MARQUESA, *entrando por el fondo*.—Ah! buenos días, querida mia.

CLARA, *con alegría, yendo a encontrarla*.—Madre mia!

La MARQUESA.—¿Estás sola?

CLARA, *confusa*.—La Baronesa acaba de irse. Felipe está en el parque con nuestros convidados. ¿Por qué no ha venido usted mas temprano? Ha estado enferma?

La MARQUESA.—Nó; me he demorado mas de lo que creia por mis huerfanitos. (*Sonriendo*.) Preciso es que me ocupe de ellos, desde que tú no estás a mi lado. En lugar de una hija tengo sesenta niños que alimentar, vestir i educar... Pero alguien me ayuda. ¿Sabes otra cosa mas que ha hecho Felipe? Ayer me envió en tu nombre i en honor de tus días diez mil francos. Ah! tu marido!... ámale mucho, porque es el mejor de los hombres.

CLARA, *sombria*.—Oh! sí, mamá...

La MARQUESA, *volviéndose i viendo a Felipe, que se queda un momento dando órdenes a un sirviente*.—Aquí está...

ESCENA VII.

Dichos, FELIPE.

FELIPE.—Marquesa, me acaban de decir que usted habja llegado. (*Le besa la mano.*)

La MARQUESA.—Gracias, querido hijo, gracias por mis huérfanos.

FELIPE.—Es a su hija a quien debe usted dar las gracias, señora marquesa. Yo no soi mas que la mano que ejecuta; ella es el corazon que manda.

La MARQUESA, *llevándole aparte.*—Aquí está lo que usted me pidió que encargara a Paris. Déselo usted mismo. (*Le pasa un estuche de alhajas.*)

FELIPE, *a Clara que se ha sentado.*—Clara, hé aquí mi regalo por sus dias... (*Clara se levanta con un movimiento de alegría i toma el estuche.*) Siendo escojido por su querida mamá no podrá ménos que ser de su gusto. (*A estas palabras Clara baja la cabeza con desaliento sin abrir el estuche.*)

La MARQUESA.—I ni aun lo miras? Pero hija mia, si es un regalo de príncipe. (*Clara pasa al centro i abre el estuche.*) Vamos, Felipe, colóquele usted mismo ese signo de esclavitud. (*Felipe va a la derecha de Clara que está toda trémula, toma el collar, se lo pone al cuello i lo abrocha; la Marquesa toma el estuche, va a dejarlo sobre la consola i vuelve.*) Pues bien, vamos! abraza a tu marido!... Acaso yo te estorbo?... Vaya, ya no miro!... (*La Marquesa se vuelve alegremente; Clara inclina la cabeza del lado de Felipe que, tan conmovido como ella, le da un beso en los cabellos.*) Enhorabuena! (*A Felipe.*) I bien ¿qué era lo que habia?... (*Sube con él hácia Octavio i Susana que llegan por el fondo.*)

CLARA, *con tristeza.*—Triste beso, que no ha salido del corazon, i que solo los lábios han dado!

ESCENA VIII

Dichos, SUSANA, OCTAVIO.

SUSANA, *a Octavio.*—Vamos! es preciso decírselo todo. (*Se dirijen hácia Clara.*)

OCTAVIO.—Clara, tengo una gran noticia que anunciarte: Susana i yo nos amamos!

CLARA, *con alegría*.—Oh! queridos niños!

SUSANA.—Hemos querido que usted sea la primera en saberlo, i ponemos nuestra felicidad en sus manos.

OCTAVIO.—Habla por nosotros a tu marido: consigue con él que me dé a Susana.

CLARA, *turbada*.—Yo!

OCTAVIO.—Tú te vas a encargar de nuestra causa, ¿no es cierto?

CLARA, *con decision repentina*.—Sí! i voi a defenderla en el momento como si fuese mia.

OCTAVIO.—Gracias, hermana.

CLARA.—Pídanle a Felipe que venga. (*Susana i Octavio corren al fondo a buscar a Felipe.*) (*Aparte.*) Estoy salvada! Esta es la ocasion que yo deseaba! El cariño que tiene por su hermana puede acercarle a mí!...

(*Octavio, la Marquesa i Susana se van.*)

ESCENA IX

CLARA, FELIPE.

FELIPE, *acercándosele grave i frio*.—¿Usted tiene algo que pedirme?... Ya la escucho.

CLARA.—Vivimos tan alejados el uno del otro, que en efecto es preciso que tenga algo que pedirle para que yo me arriesgue a retenerle...

FELIPE.—¿De qué se trata?

CLARA.—Ante todo, dígame usted ¿tiene algun interes por Octavio?

FELIPE.—Creo que hasta aquí su hermano no ha tenido motivo para dudarlo.

CLARA.—I si usted tuviese una oportunidad de probarle ese interes...

FELIPE.—Es indudable que la aprovecharia.

CLARA.—Pues bien, ahora se presenta; i debo prevenir a usted que es cosa seria.

FELIPE.—Cuántos rodeos! Tan difícil le parece a usted obtener lo que desea?

CLARA.—Júzguelo usted!... Octavio ama a su hermana Susana, i me ha encargado que le pida a usted su mano.

FELIPE, *reprimiendo un movimiento*.—Ah!... (*Queda como preocupado*.)

CLARA, *inquieta*.—¿No responde usted?

FELIPE, *muy grave*.—Lo siento mucho por el hermano de usted... pero ese matrimonio es imposible.

CLARA, *con dolor*.—¿Usted rehusa?

FELIPE.—Rehuso.

CLARA.—¿Por qué?

FELIPE.—Porque ese seria un nuevo lazo que me uniria mas estrechamente a la familia de usted, i despues de lo que ha pasado entre usted i yo... yo no lo quiero.

CLARA, *vivamente*.—Piense usted que puede hacer la desgracia de Susana negándosela a Octavio, porque ella le ama.

FELIPE.—Susana no tiene mas que dieziseis años; está en la edad feliz en que los sentimientos pueden cambiar, sin dejar en el corazon huellas profundas i dolorosas... Ella olvidará.

CLARA.—¿I si usted se engañase? Si ella, en vez de olvidar fuese a sufrir?...

FELIPE, *con fuerza*.—Entónces, yo no tendria mas que decirle una sola palabra para alejarla por siempre de usted i de todos los suyos.

CLARA, *con angustia*.—¿Es una revancha lo que usted busca?

FELIPE, *con altivez*.—Una revancha! Cree usted que me venga aceptar alguna?

CLARA, *suplicante*.—Oh! Felipe! sea usted jeneroso!... Ya estoi bastante humillada! ¿Qué es preciso que haga para conmoverle? He cometido para con usted faltas muy graves, bien lo sé...

FELIPE, *con risa amarga*.—Verdaderamente? Usted ha cometido faltas graves para conmigo! I usted se digna confesarlo? Es una gran concesion que usted me hace!

CLARA.—Le he hecho a usted mucho mal, pero usted me lo hace espiar muy cruelmente.

FELIPE.—Yo? i cómo? Le he dirigido a usted un solo reproche? Le he dicho jamás una sola palabra hiriente? Le he faltado siquiera a alguna consideracion?

CLARA, *con dolor*.—Nó! Pero yo hubiera preferido mil veces su cólera a esa altiva indiferencia con que me trata. Yo oigo a todo el mundo admirar mi felicidad. En todas partes se me envidia i se me festeja... Yo vuelvo a nuestra casa... ¿i dónde está mi felicidad? La busco i no encuentro mas que la soledad i el abandono.

FELIPE.—No ha dependido de mí que fuese de otro modo. Usted misma fué quien decidió de su vida, i ahora es tal como usted la ha querido.

CLARA.—Es verdad. Pero a lo ménos yo tenia el derecho de contar con la tranquilidad; i ni aun eso he podido obtener. Usted ha dejado volver a esta casa al Duque i la Duquesa.

FELIPE.—Son parientes de usted. ¿Era yo quien podia cerrarles nuestra puerta? Yo los he soportado... de qué se queja usted?

CLARA, *con violencia creciente*.—Oh! no afecte usted no comprender!... Usted sabe que si Atenais está aquí, es porque ella me odia... Su objeto salta a la vista... Ella le pone a usted en evidencia, le compromete... (*Movimiento de Felipe.*) Sin que usted se preste a ello, concedo... Pero sus bravatas, acentuadas por la indiferencia de usted para conmigo, son ya notadas, i me hieren... En fin, tenga usted cuidado! No quiero soportarlas por mas tiempo.

FELIPE, *con amargura*.—¡Cómo se revela usted! Cómo se ve que ha seguido siendo la misma! Siempre la violencia i el orgullo! Solo por salvar las apariencias ante el mundo se lanzó usted como una loca en la aventura de nuestro matrimonio. I hoy todavía, al solo pensamiento de que se la pueda criticar, pierde usted toda prudencia, i se olvida usted... i hasta amenazarme!

CLARA, *desesperada*.—Nó, yo no amenazo! suplico! Tenga usted piedad de mí, Felipe! no me haga usted responsable de la desgracia de esos dos niños! Ellos están ahí, sonrientes, llenos de ternuras i de esperanzas, i por causa mia van a llorar... Ah! no espere usted que yo les cause tal pena!... no tendria ese valor! i la negativa de usted... (*Octavio aparece por el terrado.*) Ah, Octavio! ven! (*A Felipe.*) Ahí le tiene usted, caballero, dígaselo usted mismo!

OCTAVIO, *con cólera*.—Señor...

ESCENA X

Dichos, OCTAVIO.

OCTAVIO, *observándoles*.—¿Qué es lo que hai? Usted parece conmovido... tú estás turbada... ¿Ya has dicho a Felipe? i acaso?... (*Les interroga ansiosamente con los ojos.*)

FELIPE, *grave*.—Octavio, es preciso que usted renuncie a su proyecto.

OCTAVIO.—Renunciar!... pero ¿por qué?

FELIPE.—Le suplico a usted que no pregunte nada.

OCTAVIO.—Cómo! Sin explicacion?... Usted, Felipe, a quien tanto quiero, me causa tal dolor? Clara, habla tú... Dime qué motivo... ¿Cómo he podido disgustarle, sin saberlo? Qué ha cambiado aquí desde que eres su mujer?

CLARA, *con angustia*.—Octavio...

OCTAVIO, *como adivinando*.—Ah! la plata!... ¿Será acaso porque no tengo fortuna?... (*A Felipe.*) Pero usted me ha enseñado cómo uno puede enriquecerse; yo haré como usted, trabajaré!

CLARA.—¿Qué es lo que has dicho? Sin fortuna, tú?

OCTAVIO, *comprendiendo su imprudencia*.—Clara...

CLARA, *con creciente agitacion*.—¿Qué quiere decir eso?

FELIPE.—Octavio, le prohibo a usted...

CLARA, *atrayendo a su hermano*.—Deje usted, caballero... es preciso que él hable!

OCTAVIO.—Perdóname. Acabo de traicionar un secreto que habia jurado no revelarte... Tú ignorabas la pérdida de nuestro pleito, i debias ignorarla siempre.

CLARA.—Ah! ya me acuerdo... la pérdida de ese pleito... me decian que era la ruina!... Tú sin fortuna, era yo sin dote... Pero entónces cuando yo me casé...

OCTAVIO.—El desastre era completo.

CLARA, *temiendo comprender*.—I... mi marido... Felipe...

OCTAVIO.—Ya lo sabia.

CLARA, *con desesperacion*.—Lo sabia! I yo!... yo!... Oh! entónces soi una miserable!...

OCTAVIO.—Clara!

CLARA.—Sí! I es por mi causa ¿lo oyes? por mi causa te ha negado su hermana... Por causa mia, criatura funesta, que hago la desgracia de todo cuanto se me acerca! (*Estalla en sollozos.*)

OCTAVIO.—Clara, yo no sé lo que ha pasado... Pero cuando tú te acusas, todo se podrá reparar... Felipe es bueno i te perdonará.

CLARA, *con gran dolor*.—Nó! El me lo ha dicho: jamás!... I ahora lo comprendo!

OCTAVIO, *suplicante*.—Felipe...

FELIPE.—Octavio, no soi yo quien ha provocado esta explicacion. Ella debia llegar fatalmente. Yo habria deseado que no hubiera tenido lugar, sobre todo delante de mí. En to-

do caso, ella no puede modificar en nada mis resoluciones. Su hermana de usted sabia de antemano que ella no tenia nada que pedirme, i que yo no tenia nada que concederle.

(*Se oyen aclamaciones de afuera: viva el patron!*)

OCTAVIO, poniéndose delante de Clara. — Clara, viene jente!

ESCENA XI

Dichos, ATENAIS, MOULINET, el BARON, la BARONESA, aparecen por el fondo.

ATENAIS.— Los campesinos i los obreros se aprontan para bailar. Señor Derblay, yo vengo a buscarle.

CLARA, con calma.— Ah! Siempre ella!

ATENAIS.— ¿Quiere usted abrir ese baile campestre conmigo? Será encantador! Venga usted. (*Felipe va a darle el brazo; Clara se interpone.*)

CLARA, a Atenais.— Perdon, si contrario tus proyectos .. Pero quisiera hablar un momento contigo.

ATENAIS, algo burlona.— Así... tan luego?...

CLARA, con firmeza.— Al momento.

ATENAIS, a Felipe.— Pido a usted mil perdones... Luego iré.

(*Felipe se aleja, despues de haberlas mirado con inquietud. Clara le sigue con los ojos. Los demas personajes se van por la derecha. Atenais se sienta en el primer sillón a la derecha.*)

ESCENA XII

CLARA, ATENAIS.

ATENAIS.— ¿De qué se trata, querida mia?

CLARA.— Hace poco, cuando te llevaste de aquí a mi marido, me preguntaste si eso me disgustaba, i si yo no estaba un poco celosa.

ATENAIS.— Era una broma.

CLARA.— Hacias mal, porque decias la verdad.

ATENAIS.— Tú celosa?

CLARA.— Sí!

ATENAIS.—¿De mí?

CLARA.—De tí. Ya ves que soi franca. Me parece que mi marido se ocupa de tí mas de lo que conviene, i yo me dirijo a tí para que pongas un término a esas atenciones que me son mui penosas.

ATENAIS, *dulcemente*.—Ah! querida mia! Cómo! Tú sufrías i no decías nada? (*Se levanta.*) Pero no exajeras un poco? Yo no recuerdo haber hecho nada que pueda motivar tu enojo. El señor Derblay es mui amable conmigo, pero esa simpatía entre personas de la misma familia, no es sorprendente ni tiene nada de criminal.

CLARA.—A mí me hace sufrir.

ATENAIS, *secamente*.—Querida amiga, no es a mí sino a tu marido a quien debes pedir el remedio para tu mal.... Yo no puedo hacer nada.

CLARA.—Sí; tú puedes poner fin a esa intimidad.

ATENAIS.—¿I cómo? Recibiendo de mal modo a tu marido? Primero, eso seria imponerme un papel mui desagradable; i luego ¿crees tú que el medio sea eficaz?

CLARA.—Por eso no es tal lo que quiero proponerte.

ATENAIS.—¿Qué cosa entónces?

CLARA.—Que te alejes por algun tiempo de nuestra casa.

ATENAIS, *vivamente*.—Eso piensas?

CLARA.—Sí. I te lo pido en tono de súplica... Acúsame de ser una loca, pero hazlo. Va en ello mi felicidad.

ATENAIS.—¿I con qué pretexto quieres que me aleje? ¿Qué se diría de una partida tan brusca, que se parecería a un rompimiento?

CLARA.—Nosotras nos encargaremos de esplicarlo de una manera satisfactoria.

ATENAIS.—Podríamos no conseguirlo i eso seria desastroso para mí. Tú has sido franca, yo tambien voi a serlo. Yo soi nueva en el mundo donde me ha hecho entrar el duque de Bligny; me encuentro bien en él i quiero conservar el lugar que he podido hacerme. Pero allí son mui exigentes, i tú comprendes que si la familia de mi marido me pone mala cara, se aprovechará esa oportunidad para ponerme en discusion. ¡Soy tan envidiada! I entónces, adios mis sueños!... Si tú tienes tu amor, yo tengo mi ambicion; i así como yo comprendo que tú trates de proteger al uno, deja que yo defienda a la otra.

CLARA.—¿De manera que rehusas?

ATENAIS.—Muy contra mi voluntad. Pero en conciencia, ponte tú en mi lugar.

CLARA, *con violencia*.—¿Que me ponga en tu lugar? Si eres tú quien se ha puesto en el mío, i aun quieres seguir poniéndote! Desde que te conozco, tú me has perseguido siempre con tu envidia i tu odio. Soltera, me tomaste a mi novio; casada, tratas de tomarme a mi marido. Yo no supe conservar al uno, pero sabré arrebatarte el otro.

ATENAIS, *con rabia*.—Ah! esas tenemos! Pues bien! sí! desde mi infancia yo te devuelvo en odio lo que tú i tus semejantes me habeis prodigado en desden. Tú me has humillado durante diez años con tu nombre i tu fortuna! I hoy, ya lo ves: yo tengo millones, soi duquesa, i tú has llegado a pedirme gracia!

CLARA.—Ten cuidado! Yo no soi de sangre que se deje insultar impunemente.

ATENAIS.—I yo llevo un nombre que me coloca sobre tu cólera.

CLARA.—Yo apelaré de la conducta que observas conmigo...

ATENAIS.—¿A quién?

CLARA.—Al mundo.

ATENAIS.—¿A cuál mundo? Al tuyo, donde yo he subido? o al mío, donde tú has bajado?

CLARA.—A ese mundo, cualquiera que sea, donde haya jentes honradas para quienes respetar a los otros es un deber, i hacerse respetar es un derecho... Ante ese mundo ¿lo oyes? repetiré en alta voz lo que te acabo de decir. Yo te mostraré tal como eres; i veremos si el nombre que llevas, por grande que sea, bastará a cubrir tu bajeza i tu falsedad.

(*Aparecen por el terrado el Duque, Octavio, la Baronesa, Bachelin, Moulinet, el Jeneral i Pontac.*)

ATENAIS.—¿Es un escándalo lo que buscas?

CLARA.—Es una ejecucion que voi a hacer. Por la última vez, ¿consientes en ló que te he pedido?

ATENAIS, *con rabia*.—Nó! cien veces nó!

CLARA.—Entónces vas a ver.

ESCENA XIII

*Dichos, el DUQUE, el BARON, la BARONESA, MOULINET,
FELIPE.*

CLARA, *con esplosion*.—Duque, llévase usted de aquí a su mujer, si no quiere que la despida delante de todo el mundo.

MOULINET, *acudiendo precipitado*.—Despedir a mi hija! A la Duquesa, mi hija!

ATENAIS, *al Duque*.—Caballero, dejará usted que me insulten de esta manera, sin defenderme?

(Felipe, que habia permanecido algo al fondo, se acerca gravemente al lado de Clara.)

EL DUQUE, *friamente*.—Señor Derblay, ¿ha oído usted lo que su esposa acaba de decir? Acepta usted la responsabilidad? O está usted pronto a dar excusas?

FELIPE, *adelantando impasible*.—Señor Duque, todo lo que haga mi esposa, yo lo tengo por bien hecho.

EL DUQUE *se inclina sonriendo*.—Comprendido. *(Da el brazo a Atenais i se va con ella seguido de Moulinet.)*

CLARA, *yendo hácia Felipe*.—Oh! gracias, Felipe!

FELIPE, *deteniéndola con el gesto*.—Usted no me tiene que dar las gracias. Defendiéndola a usted, era mi honor lo que defendía.

ACTO CUARTO.

CUADRO PRIMERO.

El gabinete de trabajo de Felipe. Puertas al fondo i a la derecha; gran ventana a la izquierda; mesa al centro; gran chimenea a la izquierda, frente a ésta un velador; a la derecha un estante. Sillas i poltronas. Sobre la mesa útiles de escribir i un candelero de bronce con vela encendida.

ESCENA I

FELIPE, SUSANA.

(Felipe, sentado en un sillón a la izquierda de la mesa, acaba de sellar una carta, le pone la dirección i apaga la vela. Susana entra por la izquierda i va a abrazar a Felipe.)

SUSANA.—Buenos días, hermano.

FELIPE.—¿Ya en pié, Susana?

SUSANA.—Ya?... Pero si son las nueve! *(Va a abrir la ventana.)* I tú, picaron, has pasado otra vez la noche trabajando!...

FELIPE.—Tenia cuentas mui importantes que arreglar...

SUSANA.—Pues entónces se debia tomar un dia mas i no traspasar.

FELIPE, *levantándose*.—Era imposible!... ¿I adónde vas esta mañana?

SUSANA.—Voi a dar una vuelta... Es mi dia de pobres...

FELIPE.—Toma, dales mi limosña con la tuya. (*Le da un billete de Banco.*)

SUSANA, *abrazándole*.—Gracias por ellos... (*Otro abrazo.*) Gracias por mí!

FELIPE.—Oyeme ántes de irte... Clara me dijo ayer algunas palabras de tus proyectos i de tus esperanzas...

SUSANA, *confusa*.—Felipe...

FELIPE, *mui tiernamente*.—¿Por qué no has venido a hablarme tú misma ántes que nadie? Acaso te causo miedo?...

SUSANA.—Nó; pero esas confesiones parecen mas fáciles de hacer a una hermana que a un hermano.

FELIPE, *aparte*.—A una hermana! (*Alto.*) Tú quieres mucho a Clara?

SUSANA. . Oh! mucho!

FELIPE.—I a Octavio, desde cuándo le amas?

SUSANA.—Creo que le amo desde el dia en que le ví por la primera vez... Me agradó en el momento... Siempre hablaba tan bien de tí... I eso me llegó al corazon... I en fin, él parecia no estar contento sino en mi compañía, i yo, por mi parte, cuando estaba con él estaba mas contenta...

FELIPE, *con emocion*.—Bien, hija mia!... Tú sabes que mi único fin ha sido hacerte feliz... La felicidad para tí está en eso... Te casarás con el que amas.

SUSANA.—Oh, Felipe! cómo agradecerte!...

FELIPE.—De una manera mui sencilla, mi querida Susana... Cuando salgas i pases por la iglesia... entra en ella... reza una oracion por mí... i estaré pagado.

SUSANA.—Con todo mi corazon!... Adios!...

FELIPE, *llamándola i abriéndole los brazos*.—Susana!

SUSANA, *volviendo rápida i abrazándole*.—Hasta luego!...

(*Se va.*)

FELIPE, *siguiéndola con los ojos*.—Adios, querida niña, que has sido la alegría de mi vida! (*Se pasa la mano por la frente.*) Vamos! (*Va a sentarse junto a la mesa.*)

ESCENA II

FELIPE, un CRIADO, luego BACHELIN.

El CRIADO.—El señor Bachelin pregunta si puede entrar.

FELIPE.—Ciertamente! Que pase...

(*El Criado se va.*)

BACHELIN, *dándole la mano*.—I bien? qué hai de nuevo desde ayer?

FELIPE.—Anoche quedaron arregladas las condiciones.

BACHELIN.—¿Hai duelo?

FELIPE.—Esta mañana, a las diez, en la encrucijada de los Estanques, a pistola, haciendo fuego marchando el uno hácia el otro.

BACHELIN.—El caso es grave!... Pero el buen derecho está de parte de usted, mi querido amigo; yo soi sin duda un viejo ignorante, pero soi de aquellos que todavía creen que todo no anda al azar por allá arriba, i que hai una Providencia. Mañana nos volveremos a ver, Felipe.

FELIPE.—Yo lo espero. Pero siempre es necesario prevenirse para una desgracia. ¿Ha examinado usted los papeles que le envié?

BACHELIN.—Sí; todo está perfectamente en regla.

FELIPE.—Le doi a usted las gracias! Tome esta carta: contiene mi voluntad. Todo lo que poseo lo divido entre mi hermana i mi mujer... Quiero que la que lleva mi nombre sea, despues de mis días, completamente independiente. Ahora, i aquí invoco su antigua amistad; voi a encargarle para Clara una mision que le será penosa, pero que solo usted puede cumplir... Usted, ante quien yo he vivido desde la infancia, a quien todo lo he confesado ayer, i que sabe lo que he sufrido, usted irá a mi mujer i le dirá cuánto la he amado i cuán feliz hubiera querido hacerla... Muéstreme usted a ella tal cual me conoce, tal como ella no ha querido conocerme: confiado i amante... En fin, no deje usted que ella guarde de mí un mal recuerdo.

BACHELIN.—Eh! amigo mio, ¿por qué no va usted ahora mismo a buscarla...

FELIPE.—Usted olvida que todo paso que yo diera podria parecer una baja!... Ah? no me crea usted de corazon duro; no soi así, yo se lo afirmo... Pero cuando frente a

frente con ella no me he sostenido sino a fuerza de orgullo ¿cree usted que éste sea el momento de tener una debilidad?

BACHELIN.—Pero ella está vencida, humillada...

FELIPE.—Usted se engaña... Ella lucha todavía... Vea usted, anoche mismo he tenido la prueba. Yo estaba ahí, sentado junto a esa mesa, velando, i en el silencio de la casa toda dormida, oí sobre mi cabeza un ruido incesante de pasos precipitados, los pasos de esa desgraciada... Yo la veía con el pensamiento, dando vueltas a ese cuarto, que debió ser el nuestro... ¿Qué le diré a usted?... Tuve un instante de debilidad... me asaltó un violento deseo de ir a buscar a esa mujer que adoro i que no es mía... Me decía a mí mismo que era una locura arriesgarme a morir sin haberla estrechado una vez entre mis brazos. No fuí dueño de mí, todo mi sér se lanzaba hácia ella, i ya iba a olvidarlo todo, cuando la oí abrir su puerta, atravesar el salon i bajar... Ella venía!... Yo esperé temblando... Ella se detuvo allí... solo la madera de esa puerta nos separaba... Estuve a punto de lanzarme, abrir i gritarle: Ven! tú sabes que te adoro!... Pero, con el mas cruel dolor oí de nuevo el ruido de sus pasos, alejarse, subir i perderse... Así, pues, ella resistía siempre!... I yo habia estado a punto de ceder! Oh! todo quedó concluido!... I yo tomé entónces esta resolucion suprema, jugando atrevidamente la partida: si muero, dejarle de mí un recuerdo grande i digno: si sobrevivo, llevarla hasta el fin a la conquista de la felicidad.

BACHELIN, *grave*.—Amigo mio, las violencias que han traído tan graves complicaciones, son las últimas revueltas de ese fatal orgullo que está próximo a desaparecer. Oh! es preciso absolutamente que usted vuelva sano i salvo de ese duelo, porque el golpe que a usted le hiriera no mataría solamente a usted, estoi seguro.

FELIPE.—Quede usted tranquilo; yo me defenderé.

(*Se oye llamor afuera.*)

BACHELIN.—Me retiro... (*Mui conmovido.*) Vamos... Sangre fria, hijo mio... (*Le abraza vivamente.*) Hasta la vista!

(*Se va.*)

ESCENA III

FELIPE, OCTAVIO, *el* BARON.

FELIPE.—Venís con anticipacion, no es verdad? Tenemos suficiente tiempo.

El BARON.—No son mas que las nueve. Hace un momento que llegamos... Salimos de Beaulieu a pié, como a un paseo, para evitar las preguntas... La Baronesa vendrá luego; ella acompañará a Clara.

FELIPE.—Gracias, mi querido Baron. Usted siempre me ha manifestado su buena amistad, i yo le estoi mui reconocido... En cuanto a usted, Octavio, tengo una deuda que pagarle, i lo hago con todo corazon. Yo le he hecho a usted responsable de faltas que no eran suyas... He sido injusto, i me arrepiento...

El BARON.—Bien, amigo mio!

OCTAVIO, *mui conmovido*.—Felipe, yo sé lo que ha pasado entre usted i Clara... Sé cuán culpable ha sido mi hermana, i le compadezco a usted por haber sufrido tales tormentos, tanto como le admiro por haber sabido ocultarlos. Usted estaba en su derecho. Nosotros no teníamos nada que esperar de usted, i soi yo quien pide a usted perdon por haberme atrevido a pedirle la mano de su hermana.

FELIPE.—Nó, amigo mio... I... (*Mirando al Baron*) quiero que se sepa mui bien: en las graves circunstancias en que me encuentro, soi feliz por saber que mi hermana es amada por un hombre como usted. Quiero reparar mi injusticia de un momento, i le lego a usted a Susana como lo mas querido que tengo en el mundo.

OCTAVIO.—Felipe! (*Felipe le tiende las manos, él las estrecha con efusion i se pone a llorar.*) Oh! Felipe!...

El BARON.—¡Gran corazon!

FELIPE, *dominando su emocion*.—Vamos, marqués! un poco mas de firmeza! Ya que será mi mano la que entregará a usted a Susana... Pero si yo no estuviera... cuando usted se case con ella, ámela usted mucho, porque lo merece; es un corazon mui tierno al cual la menor decepcion lo hará pedazos.

OCTAVIO.—Ah! Toda una vida de abnegacion i de ternura en cambio de la felicidad que usted me dá! (*Octavio i el Baron toman cada uno una mano de Felipe.*) Pero, Felipe, ya que usted es tan bueno, tan jeneroso, no lo sea usted a medias...

El BARON.—Tenga usted compasion de esa pobre mujer que está desesperada... oh! sinceramente!

OCTAVIO.—Piense usted que ella tal vez no le vuelva a ver!... Yo vengo de hablarla... Ella me esperaba...

El BARON.—Está allí... i llora!

OCTAVIO.—Oh! por piedad! un movimiento de induljencia! No la rechace usted!... Yo se lo suplico!...

FELIPE, *sombrio*.—Yo queria evitar una entrevista que no podia ménos de ser horribilmente dolorosa para ella i para mí... (*Les suelta las manos.*) Los dos deseais que tenga lugar... Consiento! Pero tratad de que sea breve... i facilítadme la partida, viniendo a buscarme...

El BARON.—Yo se lo prometo.

OCTAVIO.—Oh! gracias!

ESCENA IV

Dichos, la BARONESA, CLARA.

(*Clara avanza apoyada en la Baronesa. Octavio i el Baron van a tomar sus sombreros i desaparecen por el fondo; la Baronesa les sigue. Clara i Felipe quedan un instante en silencio. Clara hace un esfuerzo por hablar, no puede conseguirlo i tomando la mano de Felipe, estalla en sollozos.*)

CLARA.—Oh! Felipe...

FELIPE, *muy turbado*.—Clara... por favor... usted me turba profundamente... yo necesito de todo mi valor... Le suplico... cálmese usted... no aumente mi martirio, si en algo estima mi vida.

CLARA.—Su vida! Ah! prefiriera dar cien veces la mia! Soi yo, desgraciada! yo, la que con mi arrebató le he arrojado al peligro!... Sí! yo hubiera debido soportarlo todo! Sufriendo, yo hubiera espiado mis faltas para con usted... I en un minuto de violencia lo he olvidado todo! Oh! usted debe aborrecerme porque yo sola le he hecho mal...

FELIPE, *con mucha dulzura*.—Nó! yo no la aborrezco... Desde el principio de nuestra existencia comun ha habido una mala intelijencia que nos ha costado muchos dolores... No la hago a usted sola responsable... Yo tambien he tenido alguna culpa... Yo no he sabido comprenderla... no me he sabido sacrificar lo bastante... La amaba demasiado!... Ah! he sufrido mucho!... Pero no quiero irme de

jándola a usted con la idea de que la he conservado algun rencor... Deme usted la mano, como yo se la doi, i digámonos adios... (*Le da la mano.*)

CLARA.—Adios!... Pero nó! ¿por qué? (*Con fuerza.*) Usted no se batirá... Yo sabré impedirlo!

FELIPE.—¿I cómo?

CLARA.—Sacrificando mi orgullo a su seguridad. Oh! nada me será difícil tratándose de usted! Me humillaré ante Atenais i si es preciso iré a ver al Duque... *Trata de irse pero Felipe se interpone.*)

FELIPE.—Yo se lo prohibo! Usted lleva mi nombre, no lo olvide usted! Cualquiera humillacion que a usted la alcance me alcanzará a mí tambien... (*Con esplosion.*) I luego, comprenda usted por fin que yo execro a ese hombre que ha sido causa de mi desgracia! I crea usted que el instante que va a ponerme frente a frente con él ha sido por mí largo tiempo i ansiosamente esperado!

CLARA, *con angustia.*—Felipe!

FELIPE.—No sin objeto he sufrido su presencia en mi casa. Yo queria tenerle a mi alcance: sabia de lo que él era capaz, i para mi completa justificacion ante usted, era preciso que al ultraje de su abandono, él agregara el ultraje de su nuevo amor!

CLARA, *con repugnancia.*—Ah!

FELIPE.—Pero la conozco a usted bastante i sabia que habia de ser usted la que, en una hora de suprema dignidad, me entregaria ese hombre! Usted ha hecho lo que yo esperaba de usted... Ahora, lo demas es cuenta mia. (*Hace ademan de irse, pero Clara se lanza hácia él i le echa los brazos al cuello.*)

CLARA.—Oh! pero eso es imposible, Felipe!... Es una locura!... (*Le obliga a sentarse en una silla próxima i cae de rodillas.*)

FELIPE.—Déjeme usted...

CLARA, *con desesperacion.*—Es que yo no quiero que él me le mate!... Ah, Felipe! un solo instante!... Oigame, míreme usted!... ¿No quiere usted, pues, comprender nada? Pero no ve usted que yo le adoro? No lo ha adivinado ya hace mucho tiempo en la turbacion de mi voz, en el estravío de mis ojos?

FELIPE, *tratando de alejarla.*—Clara!...

CLARA, *con la cabeza en su hombro.*—Oh! nó, tú no me impedirás que hable! Si supieras cómo te amo!... Quédate aquí, cerca de mí, todo mio!... Somos tan jóvenes!... Tenemos

tanto tiempo de ser felices! (*Felipe quiere levantarse.*) No te vayas! ¿Qué te importan ese hombre i esa mujer que nos detestan? Mejor será olvidarles... Partamos de aquí, ¿quiéres? léjos de ellos! Allá estará el amor, la felicidad, la vida!

FELIPE, *desprendiéndose i levantándose.*—Aquí están el deber i el honor.

CLARA.—Nó! nó!

(*El Baron aparece por el fondo.*)

FELIPE.—Silencio!

CLARA.—Ah! todo ha concluido... Estoy perdida!

EL BARON, *a Felipe.*—Ya es hora. (*Se va.*)

FELIPE, *a Clara, con dulzura.*—Adios!

CLARA, *suplicante i sujetándolo.*—Ah! no me deje usted así.

Que no sea la última esa palabra helada! Dígame que me ama!... No se vaya usted sin decírmelo!...

FELIPE, *desprendiéndose de ella.*—Pídele a Dios que yo viva. (*Se va por el fondo.*)

CLARA, *desesperada.*—Ah! (*Cae; a poco se levanta, busca a Felipe, no lo ve i se dirige con pasos vacilantes a la ventana.*)

Allí se aleja!... Toma el parque... al fin de la avenida... se fué!... Dios mio! si no le volviera a ver!... Nó! nó! es imposible!... Pero ¿por qué le he dejado irse? Yo estaba loca! Debí haberme aferrado a él... seguirle... Ese miserable Duque me le matará!... Oh! nó! yo le salvaré!

(*Se va corriendo por el fondo.*)

CUADRO SEGUNDO

Encrucijada de bosque. Al fondo un grupo de árboles i tras él un matorral. A la izquierda, primer término, una roca plana cubierta de musgo; sobre ella una caja de pistolas.

ESCENA I

El DUQUE, MOULINET, luego PONTAC i el DOCTOR.

MOULINET, *sentado en la roca, lamentándose.*—Ah! Dios mio! Dios mio!

EL DUQUE, *que se paseaba.*—Ah! hé aquí a Pontac i al doctor.

MOULINET, *con inquietud*.—El doctor!... ya?

PONTAC, *presentando*.—El señor doctor Servan. (*Sube al fondo con el doctor despues de los saludos.*)

MOULINET, *al Duque*.—Veamos, señor Duque ¿no hai, pues, medio de llegar a una solucion razonable? Yo estoi temblando; he pasado la noche leyendo descripciones horripilantes de las heridas hechas por armas de fuego... I le declaro a usted que si lo he acompañado hasta aquí, es porque he mantenido la esperanza de obtener de usted que no lleve las cosas al extremo...

EL DUQUE.—Ha olvidado usted lo que su propia hija me dijo al salir?

MOULINET.—Que ella esperaba que usted la vengaria!... Pues bien, mi hija es una loca... peligrosa... en haberle excitado a la violencia cuando debia exhortarle a la conciliacion... Todo puede arreglarse mui bien. Desacuerdo pasajero entre dos amigas... querrela sin importancia entre dos primas... Se dan un abrazo, i todo se acaba!... Pero un duelo, un escándalo, un rompimiento! ¿No ha pensado usted en las consecuencias?

EL DUQUE, *sonriendo*.—Pobre señor Moulinet! Vea usted, hable de eso con Pontac...

MOULINET, *a Pontac que ha adelantado*.—Pues sin duda... Todos los dias se ve que estos asuntos llegan a una conciliacion... Es cosa mui fácil... Se levantará una acta: la señora Derblay retirará lo que ha dicho; mi hija retirará lo que contestó; usted, yerno, retirará su provocacion; i... retirando algo cada uno, no quedará mas...

EL DUQUE, *friamente*.—Que retirarnos nosotros mismos!

MOULINET.—Eso es lo que se hace comunmente.

PONTAC.—Pero no cuando se trata de personas como el señor Derblay i el señor de Bligny. Créame usted, señor Moulinet, imponga silencio a su corazon.

EL DUQUE, *con burla*.—Aplaque usted las quejas del candidato alarmado.

MOULINET, *mui conmovido*.—Eh, caballero! no se trata de eso! No tengo en vista sino un fin humanitario. Yo, en el fondo, soi un buen hombre; tengo remordimientos, me acuso de ser causa de lo que sucede, i me horroriza la idea de que dos de mis semejantes van a matarse aquí, en este momento... Vamos, Duque, amigo mio, mi querido hijo, sea usted razonable, hágalo por mí!... I yo le prometo que no se habrá entendido con un ingrato. (*El Duque le estrecha la mano.*) Vamos, señor Pontac...

PONTAC.—Es imposible, señor Moulinet... Silencio... Ellos llegan...

MOULINET.—Ah! Dios mio! Dios mio!

ESCENA II

Dichos, FELIPE, OCTAVIO, el DOCTOR i el BARON que trae otra caja de pistolas i la deja sobre la roca.

(Felipe i el Duque cambian un saludo i permanecen separados por el ancho del proscenio. El Baron, Octavio, Pontac i Moulinet se reunen al medio i tiran las armas a la suerte.)

OCTAVIO, a Felipe.—Felipe, escúcheme usted bien: usted es un hombre en extremo valiente; se le puede decir todo. El Duque es un tirador temible. El Baron i yo, para igualar las ventajas, hemos exigido que no se le deje tiempo para calcular la distancia... Se les va a colocar espalda con espalda... entónces cada uno se dirigirá a su lugar, i en el momento en que se dé la señal cada uno se volverá... Por favor, nada de jenerosidad, nada de vacilacion...

FELIPE.—Déjeme usted hacer... Vea usted, mi mano no tiembla.

(Los testigos hacen los preparativos del duelo; el Baron mide las distancias i deja un guante en cada extremo. Luego va a tomar una pistola, i otra toma Pontac. Ambos colocan a los adversarios espalda con espalda en el centro, le dan las pistolas i se retiran al fondo.)

El BARON.—Señores, tomad vuestros puestos.

(El Duque i Felipe marchan hasta sus puestos; uno i otro se levantan el cuello del levita para ocultar el cuello blanco.)

PONTAC.—¿Estais prontos?

FELIPE i el DUQUE.—Sí.

ESCENA III

Dichos, CLARA.

CLARA, *apareciendo a la izquierda, fondo*.—Ahí están!

EL BARON.—Tirad!

(*El Duque i Felipe se vuelven; el Duque hace fuego rápidamente. Clara, que se ha lanzado delante de Felipe, vacila i cae.*)

CLARA.—Ah!

TODOS, *con espanto*.—Ah! (*Todos se lanzan excepto el Duque; éste i Felipe arrojan sus pistolas. Felipe toma a Clara i la coloca sobre la roca, mientras el doctor quita la caja de pistolas, la deja en el suelo i saca su estuche del bolsillo.*)

CLARA.—Felipe, muero por tí... te amo tanto! (*Se desvanece.*)

EL BARON, *al Duque, que está trémulo i pálido*.—Aléjese usted, Duque; despues de semejante desgracia, todo duelo es imposible.

EL DUQUE.—No me iré ántes de saber si está viva.

FELIPE, *al médico que ha estado examinando la herida de Clara*.—¿Es grave?

EL DOCTOR.—Nó!

EL BARON, *al Duque*.—No hai peligro... Váyase usted.

(*El Duque se va con Pontac i Moulinet.*)

ESCENA IV

CARA, *sobre la roca*, FELIPE, el BARON, OCTAVIO i el DOCTOR.

CLARA *vuelve en sí poco a poco; ve a Felipe que está de rodillas a su lado, le pasa el brazo por el cuello, i dice con algun esfuerzo*: Estoy muerta, ¿no es verdad, amado mio? i muerta por tí!... Tú me sonries! yo estoi en tus brazos!... Ah! qué dulce es la muerte! (*Vuelve completamente en sí; se endereza.*) Pero nó! yo sufro! estoi viva! (*Mira a Felipe con angustia.*) Una sola palabra! Responde... ¿me amas?

FELIPE.—Te adoro!

CLARA, *cayendo en sus brazos*.—Ah! qué feliz voi a ser!

(*Cae el telon.*)

FIN,

2 Lilius }
5 Colletta } Falta la p. 2

82





